

RAMON VASCONCELOS

BULEVAR

ILUMINACIONES SOBRE EL SENA



CULTURAL SA

MAnicc.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

UMRAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle Paris 3



.....El bulevar es el escenario de los grandes movimientos del espíritu francés. ¡Cuántas visiones evoca esa palabra mágica! Revoluciones artísticas, conmociones sociales, debates políticos, algaradas populares, dueños escandalosos por artículos de periódico, el ajenjo inspirado, la belleza deslumbradora de la mujer de moda, el devaneo de la modistilla, la tragedia de la niña que propone ramos de violetas aterida de frío. ¡Inquietud, pasión, anclaje amable, resumen de la ciudad sabia y discreta!



P6
47V

Estimación
de
Vasconcelos

BULEVAR

iluminaciones sobre el Sena

OBRAS del autor:

DOS AÑOS BAJO EL TERROR
revolución y desintegración.

LA LETRA DE MOLDE
novela del periodismo.

LENIN
el camarada dictador.

URSS
el ensayo ruso.

MONTPARNASSE
impresiones de arte.

PARIS
bien vale una misa.

En prensa:

REPUBLICA ESPAÑOLA NUM. 2
primeros pasos de un régimen.

MEDITERRANEO
correrías por tierras latinas.

En preparación:

VIAJAR . . . !
sketchs de tierra, mar y aire.

CAÑA DE AZUCAR
novela del campo cubano.

Université Paris III

INSTITUT
DES HAUTES ETUDES
DE L'AMERIQUE LATINE

20, rue St-Guillemme - 75007 PARIS

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

60 292, 8

**Ramón
Vasconcelos**

BULEVAR

**iluminaciones sobre
el Sena**



CULTURAL, S. A.
1938

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

124 244
J

ES PROPIEDAD

● PRINTED IN HAVANA (CUBA) BY CULTURAL, S. A. ●

A mis hermanos.

Portada de Ramón Loy.

B U L E V A R

DECIR bulevar es decir París; decir París es decir bulevar. El bulevar es la calle genuinamente parisiense. Y la calle es la más gráfica proyección del alma de una ciudad. Cuando se nombra a Wall Street, se ve un callejón vertiginoso en que los hombres se agitan con frenesí corriendo tras el dólar bajo la mole de los rascacielos neoyorquinos. Cuando se invoca la Perspectiva Narvski, surge en la imaginación el paisaje arquitectónico levantado por un úkase de Pedro "el Grande" sobre osamentas humanas, dilatado como la estepa y como ella batido por aires cortantes y

aplastado por cielos de plomo en la invernada interminable. La vía romana revive en la memoria el recuerdo de las apoteosis cesáreas con sus legiones redoblando el paso sobre las duras baldosas, estremecida por el clamoreo de los vítores y el resonar de los carros de guerra; aun hoy parece construída para la eternidad por sus vastas proporciones y la magnitud de sus edificios civiles. La calle española, pintoresca, luminosa, vivaz, es el resumen psicológico de un pueblo meridional, recio y lleno de raza. Cada urbe es su calle. Lutecia es el bulevar. Y si se prefiere, los grandes bulevares.

La multitud rueda por las amplias aceras, en masa compacta y ordenada. En las terrazas de los cafés—institución social de París—, rodeando las mesillas, en un clima de voluntaria cordialidad,

creada por un tácito acuerdo colectivo, las afinidades agrupan a hombres y mujeres, a franceses y extranjeros, a burgueses y artistas, a sabios pensativos frente al vermú y a trotamundos impenitentes que cazan la mariposa de una aventura.

La patria común es el bulevar.

Bulevar: punto de referencia de París. París: punto de referencia de la humanidad contemporánea.

El bulevar es el escenario de los grandes movimientos del espíritu francés. ¡Cuántas visiones evoca esa palabra mágica! Revoluciones artísticas, conmociones sociales, debates políticos, algaradas populares, duelos escandalosos por artículos de periódico, el ajeno inspirado, la belleza deslumbradora de la mujer de moda, el devaneo de la modistilla, la tragedia de la niña que propone ramos

de violetas aterida de frío. ¡Inquietud, pasión, anclaje amable, resumen de la ciudad sabia y discreta!

Miles de hombres, ciudadanizados en el bulevar, no cambiarían la auritmia bulervadera por las seguridades de bienestar material en el terruño distante.

En homenaje al sentido helénico —risueño y armonioso— de la típica arteria parisiense, bautizo con ese nombre intraducible estas crónicas, que, en definitiva, no son más que iluminaciones sobre el alma eternal de París.



La Torre Eiffel proyecta sus luces sobre el Sena.

EL IMPOSIBLE INFIERNO

Estábamos en la terraza de un café del bulevar. Recordábamos... Era hace más de veinte años... *Juventud, divino tesoro...* Yo conservaba mi ímpetu montaraz. Comenzaba la inquietud del espíritu.

*Con el gesto profundamente comprensivo
de un porfirogeneta, con tranquilidad,
he afirmado la huraña vida que vivo;
consagro mi silencio incomunicativo,
soberbio de serenidad.*

Imperaba Rubén Darío. En la crónica, Gómez Carrillo. París: evasión, meridiano del mundo. Y aún el *verbo de admonición y de combate* de Vargas Vila llenaba de énfasis a toda la América.

Los viejos eruditos no estaban dispuestos

a ceder, en honor a los clásicos. La suprema autoridad se llamaba: la Academia de la Lengua, que jamás ha sido un laboratorio, sino un panteón, de igual modo que el diccionario jamás ha sido un código, sino un catálogo.

Por aquella época no comprendía yo la sutileza de Oscar Wilde. Sus paradojas, sus mixtificaciones sus poses, me ponían de mal humor. ¡Qué rebuscador de absurdos! ¡Decir que el arte es más original y fecundo que la Naturaleza porque todas las rosas naturales de un jardín son poco más o menos iguales, mientras que él, Wilde, podía mostrar todas las mañanas en el ojal de su levita una flor artificial de diferente forma y color, como no habría ninguna otra en el mundo!

La *Decadencia de la mentira* no logró siquiera interesarme. Hoy, al cabo del tiempo, la leo y descubro el tesoro de espiritualidad que entonces se me escapaba. ¿Para qué decir la verdad? ¿Para qué buscarla? Bien está que la persiga el hombre de ciencias

exactas, porque sin ella no podrá progresar en sus pesquisas; pero el resto, ¿para qué la necesita? ¿Es que el místico—aunque adopte disfraces revolucionarios—podría poseer la doble vista si buscara solamente la verdad?

Wilde embelleció la mentira, la ennobleció, por enoblecera la vida del artista. Con frecuencia preguntaba:

—¿Qué hizo usted ayer?

El amigo se lo contaba.

—¿Es realmente cierto lo que cuenta?

—Sí, cierto.

—Entonces, ¿por qué repetirlo? Mire: eso no interesa a nadie. Comprenda que hay dos mundos: aquel que existe sin que se hable de él, y que llaman *mundo real*, porque no es necesario nombrarlo para verlo, y el otro, que es el mundo del arte, y del cual es necesario hablar porque de lo contrario no existiría. (Y aquí venía el apólogo del hombre que había visto las sirenas, ya conocido).

—No me gustan los labios de ustedes los

hombres veraces —decía Wilde—; son rígidos, duros, porque nunca han mentido. Yo voy a enseñarle a mentir para que sus labios se vuelvan bellos y francos como los de una máscara antigua.

Y recomenzaba a explicar su paradoja sobre la obra de arte:

—¿Sabe usted qué es la obra de arte y qué la obra de la Naturaleza; sabe usted cuál es su diferencia? En fin, vea este ejemplo: la flor del narciso es tan bella como una obra de arte; lo que las distingue no es por lo tanto la belleza, sino que la obra de arte es *única*, siempre; mientras que la Naturaleza, que no hace nada perdurable, se repite siempre, a fin de que nada suyo se pierda. Hay innumerables flores de narciso; he ahí por qué ninguna puede vivir más que un día. Y cada vez que la Naturaleza inventa una forma nueva, en seguida se repite. Un monstruo marino es, en otro mar, un monstruo marino, su semejante. Cuando Dios creó a un Nerón, a un Borgia o a un Napoleón en la historia, le colocó otro al lado. Que

no se sepa quién, poco importa; lo importante es que triunfe, pues Dios inventa al hombre y el hombre inventa la obra de arte. Si, lo sé; un día se hizo sobre el mundo un espeso silencio, como si la Naturaleza fuera a crear algo *único*, algo únicamente verdadero. Y Cristo nació sobre la tierra.

—La verdad se hace hasta con barro de la calle; para fabricar la mentira hace falta imaginación. La mentira es la hija traviesa de la imaginación. A propósito voy a contarle un cuento.

...Se hizo un gran silencio en el tribunal de la justicia divina. Y el alma del pecador avanzó completamente desnuda hacia Dios.

Y Dios abrió el libro de la vida del pecador:

—Ciertamente, tu vida ha sido muy mala. Tú has hecho esto, lo otro y lo otro... Y porque has cometido tales pecados, voy a enviarte al Infierno.

—Tú no puedes enviarme al Infierno.

—¿Y por qué no puedo enviarte al Infierno?

—Porque yo he vivido en él toda mi vida.

(Y se hizo un gran silencio en el tribunal de la justicia divina).

—Pues bien, puesto que no te puedo enviar al Infierno, voy a enviarte al Cielo.

—Tú no puedes enviarme al Cielo.

—¿Y por qué no puedo enviarte al Cielo?

—Porque yo no he podido nunca imaginármelo.

(Y se hizo un gran silencio en el tribunal de la justicia divina).

—¿Ve usted —terminó Wilde— cómo aquel hombre no pudo entrar en el Cielo por falta de imaginación, por no saber *crear* una mentira?

Ahora, al cabo de los años, es que vengo a descubrir y comprender al verdadero Oscar Wilde.

¿“CINE” VERSUS TEATRO?

En el bulevar no sólo lucha el *film* americano contra el europeo, sino ambos contra el teatro. Alrededor de esto se hace correr mucha tinta.

Los europeos, particularmente los franceses, se defienden contra la invasión cinematográfica yanqui con el establecimiento de tarifas prohibitivas para la importación de *talkies*. Esto ha dado lugar al mejoramiento de los talleres y a la organización seria de la industria, de modo que satisfaga las necesidades y gustos de su mercado natural.

Por su parte los americanos, que tienen colocada de antemano toda su producción en el resto del mundo, no abandonan el terreno, pero tampoco empeñan una batalla dema-

siado ardorosa para desplazar a sus competidores. Se conforman con apoderarse de los mejores sitios de París y lanzar desde las fachadas el grito luminoso de sus anuncios.

Al cinematógrafo francés ha venido a salvarlo el *film* parlante, en el que, si la técnica deja todavía bastante que desear, en cambio el rol de los actores que hablan o cantan es cada vez más perfecto. Los elementos puritanos que la censura yanqui impone en las películas—Dios, patria, sistemático triunfo del bien sobre el mal—no son muy tenidos en cuenta por el *metteur en scene* europeo.

Lo esencial es el arte; la interpretación del personaje tal y como lo concibió el autor, el movimiento ascensional de la obra, el ensamble de la elaboración. El tema amoroso es el *leit motiv* francés; el psicoanalítico, alemán, y el revolucionario, ruso.

El amor heroico de la mujercita del pueblo que llega hasta el crimen por defender a su hombre, el amor mundano y ligero que

resbala por la piel como la mano por el lomo de un gato voluptuoso, el amor primario de la selva, el amor salvaje doloroso, el amor humano, el amor sublime, el amor trágico, aseguran todavía el pleno éxito en el *cine* francés. Los alemanes prefieren el análisis de las grandes pasiones y pasan la cinta de celuloide por la cátedra y el laboratorio antes de darla al público. Los rusos se inspiran en los problemas sociales y buscan en sus mejores rollos la colaboración de la Naturaleza.

La libertad de temas y sobre la libertad con que esos temas son tratados harían imposible la introducción de *films* europeos en los Estados Unidos, donde el arte, la moral y la vida se miran generalmente desde un belvedere distinto.

Con todo, cuando aparece en el cartel una gran película americana, las colas comienzan a las diez de la mañana y no han terminado en la madrugada, por espacio de semanas, y siempre representa algún progreso técnico. Por suerte para la cinematografía

européa, el productor americano se concreta a conservar el terreno ganado y a neutralizar la fabricación de Europa por medios subrepticios, inyectando con dólares firmas que en apariencia son hostiles a Hollywood y que en realidad son sus filiales.

A tal penetración pacífica se debe la transformación de antiguos *music-halls* en espléndidas salas de *cine* y la construcción de verdaderos palacios de la película que muy pronto se abrirán en el bulevar.

Ahora bien—y esta es la pregunta de moda—: ¿el teatro de París atraviesa una crisis tan profunda como se dice? Si se juzga por el desenvolvimiento del cinematógrafo en relación con el del teatro, no hay duda que éste lleva las de perder; pero si se mira hacia la taquilla y se tiene en cuenta lo que produce cualquier comedia afortunada, se llega a la conclusión de que nunca los autores y empresarios han ganado más dinero que ahora.

El *cine* tiene sobre el espectáculo viviente muchas ventajas; por ejemplo: la economía

de personal, de aparato escénico, de alumbrado, ahora de orquesta y no dudo que el día menos pensado hasta de taquilleros y acomodadores. A todo esto hay que añadir la necesidad—digámoslo con una paradoja—de aislamiento en el tumulto que siente el hombre moderno. A veces una sesión de *cine* equivale a una cura de reposo mental, a un baño de inmersión en el lago de sombra de la sala.

Pero el teatro es el teatro, es decir, es el gesto eternamente inédito, como la pintura y la música ejecutadas por el artista son la vibración de la vida, lo que no serán nunca la fotografía ni el aparato mecánico.

De aquí que si el *cine* aumenta su clientela, el teatro no pierde la suya. No diré que se vaya todos los días a la Comedia Francesa a saludar a los clásicos; pero se va todavía de vez en cuando, y con muchísima más frecuencia a los teatros que reflejan las inquietudes y las facetas amables de la vida moderna. Una ligera ojeada por el cartel de la temporada nos lo va a demostrar.

Veamos a Marcel Pagnol: con sólo dos obras, se ha hecho millonario. Su *Topacio* celebrará dentro de poco la milésima representación en el *Varietés*, y *Marius*, también suyo, lleva trescientas consecutivas en el Teatro de París. *El sexo débil* ha pasado ya quinientas veces por la escena del Mogador. *El profesor de inglés* y *La compradora* andan por las doscientas representación. Y *No, no, Nanette*, *La virgen loca*, *Ettienne*, *Donoggo*, de Jules Romains, y *Un amigo de Argentina*, de Tristán Bernard, pasarán con público enorme durante diez o doce meses, lo cual representa una millonada de francos.

Y el Casino de París, ¿no exige que se separen las entradas con semanas de anticipación para ver a la Baker? ¿Y no hace dos años que en *Follies Bergere* Randal triunfa, noche tras noche, con su comicidad sin astracán? Y no son únicamente las *vedettes* populares las que trabajan a taquilla cerrada; como ellas, los dioses mayores son objeto de una devoción constante. Sacha

Guitry e Ivonne Printemps, los Pitoeff y Vera Sergine obtienen un *succés* diario. Chaliapine ha sido un gancho formidable para el Teatro de los Campos Elíseos. Y Chevalier ¿no ha hecho ingresar la noche de su *debut* doscientos mil francos en la caja del Chatelet? ¿Ahora mismo no le ha ofrecido un empresario de Londres 12,000 libras por una serie de doce funciones, es decir, 1.250,300 francos?

Y si esto ocurre en un período de dificultades económicas, de *cracks* bancarios, de crisis internacional, hay que convenir en que si el *cine* está en su apogeo, el teatro dista mucho de hallarse agonizante. ¿Cuándo obra alguna alcanzó mil representaciones en un solo teatro, sin una butaca vacía, como sucede con *Topacio*?



Teatro Pigalle, el más moderno de París.

APOTEOSIS DE ANTINEA

Sería difícil decir si Pierre Benoit debe su triunfo a Antinea o si la misteriosa reina del Hogar lo debe a Pierre Benoit. Lo cierto es que en estos momentos Benoit, Antinea y la *Atlántida* están de moda. Los cines destacan en sus carteles los tres nombres mágicos seguros de llenar la sala desde las primeras horas de la mañana hasta la madrugada. El tema de las revistas y los círculos literarios es Benoit, novelista de aventuras, Benoit cazador, Benoit gastrónomo, Benoit hombre de espíritu y charlador cordial, y en fin, Benoit académico sin canas.

Benoit, por su parte, que se ha hecho a pulso y que ha aprendido en la vida lo que no podrá aprender y mucho menos enseñar en la Academia, se deja entrevistar, se re-

trata en todas las poses, aparece y reaparece estratégicamente en los camerinos y en las redacciones y bebe a grandes sorbos el vino capitoso de la celebridad.

¿No sería más exacto decir de la popularidad? Pierre Benoit es el autor de las grandes tiradas. En la actualidad no hay firma que se venda más en Francia. Las ediciones de la *Atlántida* lo han hecho rico, y ya se sabe que después del gran éxito de la primera obra las otras encuentran expedito el camino por mediocres que sean. *Koenigsmark* no halló dificultades, ni siquiera las dificultades iniciales de la *Atlántida*, dificultades del primer paso. Ni *Axelle*, ni *Mademoiselle de La Ferté*. La coronación de la obra de Benoit ha sido *La Isla Verde*.

¿Pero la novela de aventuras, como la novela anticipacionista a lo Wells, es la verdadera novela, literariamente hablando? Esto es lo que se quiere discutir al margen de la consagración académica de Pierre Benoit sin plantear la discusión.

Benoit es algo distinto a Claude Farrere,

distinto también a Marguerite y más aun al Romain Rolland de *Juan Cristóbal* y al Barbusse de *El Fuego*. No es tampoco un novelista jugoso siempre, de páginas pícaras a ratos y a ratos inimitables de movimiento y de color, como Colette. Ni es Morand, más cronista de viajes que novelista. Entre los *romanceros* franceses contemporáneos su sitio es el del narrador ameno que teje aventuras extrañas por países lejanos sin moverse de su biblioteca. Sus personajes son falsos, pero por lo general los hijos de la fantasía tienen vida más duradera que los de la realidad. Benoit inventa escenarios ingratos, poblados de peligros y de fantasmas, en que el odio y la pasión amorosa brotan monstruosos. Odiar hasta la muerte, amar hasta el sacrificio de la vida. Y siempre, en medio de la tragedia, el fatalismo del instinto. El Sahara abrasador, los pantanos infectos de la antigua Prusia, las landas desoladas, las islas malditas, las atmósferas irrespirables, y sobre todo eso, una figura de mujer de belleza maravillosa, rodeada de

misterio, pero que a la postre abdica de su inviolabilidad divina para convertirse en lo que es realmente, en lo que ha sido en todo momento, mujer de carne y hueso.

Por su misma condición de seres fantásticos, se encuentran más allá del bien y del mal, por encima y por debajo de todas las morales; obedecen a impulsos irrefrenables, instintivos, superiores a la voluntad, pero, aunque no lo fueran ellos, no harían el menor esfuerzo por dominarlos, porque el triunfo de la pasión que los mueve, amor u odio, es su propio triunfo.

Pierre Benoit ha fabricado sus héroes en su aislamiento de Saint-Céré. En París cultiva amistades, va a fiestas y banquetes, frecuenta a sus amigos políticos, combina partidas de caza, asiste a los ensayos generales. Luego, súbitamente, desaparece. Es que se ha encerrado en su biblioteca para montar las piezas de una nueva ficción novelesca.

No hace mucho se abrió una encuesta sobre la manera de escribir de cada autor; la

mayoría confesaba que su fuente de inspiración eran los viajes. El cambio de ambiente, de climas, de costumbres, estimulaba la labor literaria. Sólo Benoit prefería no moverse de su biblioteca y daba a conocer la genial superchería de viajar . . . sin viajar.

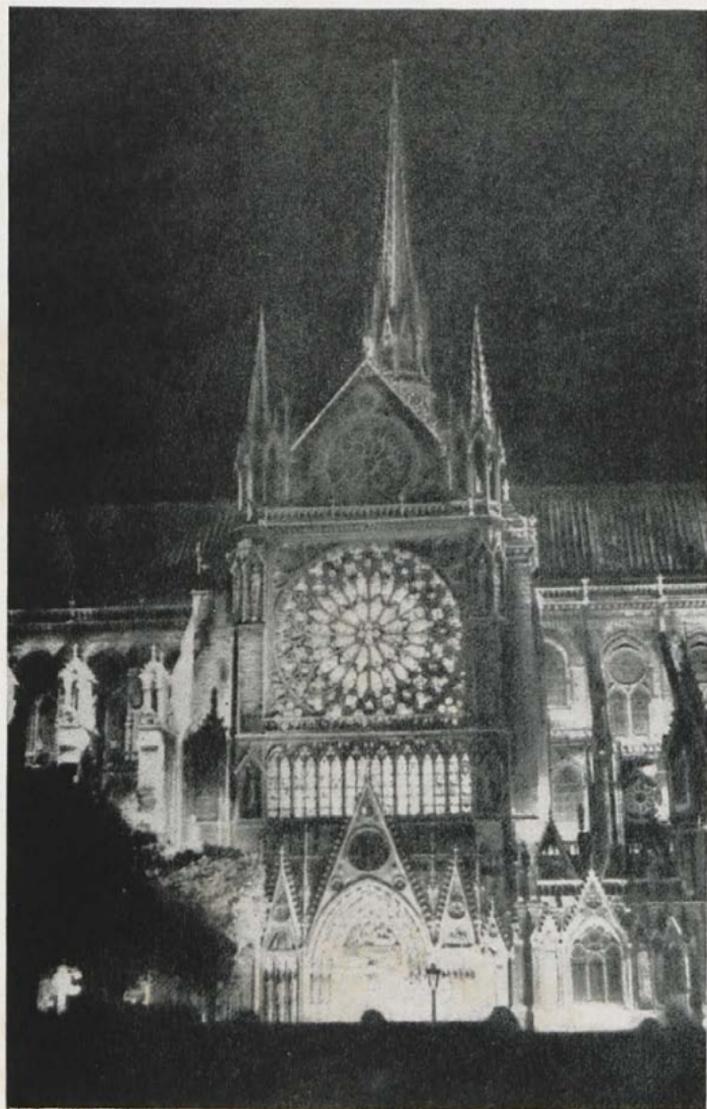
Pero nadie escapa. Ahora que ha ganado celebridad y fortuna, que se conoce el truco de la *Atlántida* y de *Koenigsmark*, el Benjamín de los académicos hará un viaje a la Martinica para terminar su próxima novela, que se titula *Fort-de-France*.

Mientras prepara los equipajes, el bulvar discute cuál de las dos proyecciones de la *Atlántida* es mejor, si la de Feyder o la de Pabst. Mezclado en el debate, me decido por Pabst. Como en *La ópera de cuatro ochavos* y en *Muchachas en uniforme*, la técnica se ajusta al espíritu de la obra. Pabst huye de toda teatralidad, de todo exceso que complique el carácter general del asunto. Todo lo sacrifica a la síntesis. El cine no es más que eso, síntesis, brevedad.

Brigitte Helm encarna admirablemente a

Antinea. Según Benoit, Antinea era “una especie de muchacha delgada, de grandes ojos verdes, de perfil de gavilán, con las proporciones ideales de la estatua griega”. La Helm caracteriza bien el tipo. Y como en París no hay triunfo verdadero sin el subrayado de la moda, Antoine, el famoso peluquero, creó para la heroína de la *Atlántida* un peinado que sí pasará de prisa por sus complicaciones y porque no todas las caras son las de Brigitte, al menos tendrá distraídos a los peluqueros del bulevar unas semanas.

Ved cómo, en una ciudad inteligente, todos colaboran en el triunfo de los intelectuales. Desde la Academia Francesa hasta el peluquero Antoine, pasando por los estudios cinematográficos y las redacciones, se han puesto al servicio de la gloria de Pierre Benoit.



Notre-Dame iluminada.

MUCHACHAS EN UNIFORME

En el *Cameo* están rodando desde hace ya meses una película alemana que ha apasionado a la crítica, tanto por su argumento como por su técnica. Se llama *Muchachas en uniforme* y no figuran en ella más que mujeres. Ni un hombre. Ni uno solo.

No podía haberlo, porque se trata de una escuela de señoritas. La directora es un junker con faldas; rígida, incapaz de la más leve concesión a la juventud. La palabra de orden en la escuela: *disciplina*. Disciplina y privaciones, dice, he ahí las nuevas virtudes prusianas. Cuando pasa por las galerías apoyándose en un bastón, alta la cabeza, las facciones duras, orgullosa de la condecoración que le pende del cuello, las pobres muchachas tiemblan ate-

rradas. ¡*La directora!* Nadie ha cometido la menor falta; pero la directora puede enfadarse e imponer castigos severos. La auxiliar es el tipo de la mujer disecada en la enseñanza rutinaria, dócil hasta el servilismo y siempre dispuesta a exagerar las medidas reglamentistas de su superior jerárquico. Hay otro tipo de maestra, joven, bella, comprensiva, dulce, amorosa, que llevada demasiado lejos en su sentimiento femenino llega a desviarse y convertir su intimidad en pasión posesiva. En la clausura del pensionado la imaginación se exalta; las amigas se dividen en parejas afines que se buscan con cualquier pretexto, se cuentan sus confidencias y se prestan recíproco apoyo en los claroscuros de cada día. El alma humana tiene horror al vacío, a la soledad, y dentro de las paredes frías del colegio, donde todo recuerda al cuartel y a la prisión, las pobres muchachas sienten la necesidad de calor afectivo y por lograrlo a veces conciben ideas casi perversas de aproximación camaraderil. Se escriben

cartas de amor. La más leve indiferencia provoca una crisis sentimental. La maestra joven afirmará más tarde, en una violenta discusión con la directora, que esas convergencias amistosas no son sino *el espíritu del amor*, inclinación ingenua que nada mancha ni compromete.

Manuela es la alumna preferida de esa maestra revolucionaria. Fundamentalmente apasionada, imaginativa, Manuela se turba en presencia de la maestra, sufre amnesias súbitas cuando la interroga en clase sobre temas que conoce a conciencia y la contempla arrobada desde su pupitre. Una noche de fiesta de fin de curso se representa una comedia en la sala de actos del colegio. Manuela tiene un papel de galán y lo desempeña tan a maravilla que asombra a la profesora de declamación y obtiene un aplauso cerrado del auditorio. Vehemente y excesiva por naturaleza, bebe más ponche de lo que conviene y confiesa en público su adoración por la maestra. Escándalo, ásperas frases cruzadas entre la di-

rectora y la maestra, consejo disciplinario y encierro de la alumna desordenada como paso previo para la expulsión. En ese momento se anuncia la llegada de una princesa de la casa reinante y se produce una escena de hipocresía. La blasonada señora felicita a la directora por haber logrado que en medio de aquel plantel horrendo y a pesar del duro régimen interior, de la alimentación insuficiente, de la ausencia total de libertad, centenares de muchachas sean felices.

Manuela es amonestada, humillada, condenada a salir del colegio. El diálogo sin testigos en el cuarto de la maestra es conmovedor. La alumna no puede resistir al abandono y decide suicidarse. Sube a lo más elevado del edificio y prepara el salto en el vacío. Las compañeras la buscan, la llaman a gritos, hacen sonar frenéticamente la campana del colegio, corren de un lado a otro despavoridas en un desconcierto alucinante. Mientras tanto Manuela, con las manos juntas, pálida, sube peldaño a pel-

daño la alta escalera y reza. Las compañeras la alcanzan a tiempo. Se ha desmayado y la rodean solícitas. La directora llega; la fila se abre con repugnancia y entonces la maestra joven la increpa, le echa en cara su inhumanidad y renuncia a su plaza. Pero quien se marcha, vencida por el amor, por la ternura, por la vida, es la directora, que se aleja con la cabeza baja perdiéndose en un fondo de sombras.

A juicio de la prensa, las *Muchachas en uniforme* es la mejor cinta del año. Su mayor elogio es que no se ha hecho una versión francesa de ella; la parte hablada está en alemán, un alemán que pronunciado por mujeres tiene inflexiones suaves, aterciopeladas, que acarician el oído. Para que los franceses no hayan protestado se necesita que el interés del asunto sea grande. La traducción del texto estuvo a cargo de Colette; quien ha escrito las Claudinas bien podía poner unas leyendas a la película, por muy alemana que fuese. Pero Colette escribió *amor* donde decía amor y la censura

se ruborizó, motivo de más para que las *Muchachas en uniforme* fueran la sensación del bulevar.

El éxito, en verdad, no ha sido el de la pornografía. En la película no hay nada que ofenda a la decencia; no hay sino insinuaciones ligeras, juegos de luz y sombra rápidos que dejan entrever el fondo de las almas. Lo que se pretende es plantear un problema de pedagogía social que interesa hoy a los alemanes, el de la educación racional de la mujer; se quieren mujeres de carne y hueso para la vida real, no autómatas monstruosos movidos por falsos principios.

Si en lo artístico la película es impecable, en lo técnico lo es aun más si cabe. La sonorización es perfecta, se olvida el medio mecánico, la voz tiene su colorido propio y aun en los tonos más bajos se percibe claramente. En general se sigue una línea sintética y hasta cuando se prolonga la proyección para producir ciertos efectos de persistencia en las imágenes, la atención se

sostiene, preocupada por el cambio de matices de la escena.

Ya se anuncia el film antípoda, de cierto modo, a *Muchachas en uniforme*. Todos los personajes serán hombres y tendrá por marco la existencia del cuartel. Los *Muchachos en uniforme* reclamarán también su curación y los casos patológicos serán tratados con piedad superior, con trato de psicoanalista y de clínico, como es costumbre en Alemania. Y además de una producción interesante para la técnica cinematográfica, lo será también para el ambiente fatigado de los episodios de gangsters y las querellas mediocres de vampiresas y donjuanes que finalizan con un beso interminable e invariable.

DUHAMEL Y EL CINE

George Duhamel, que es sin disputa uno de los escritores más originales del momento actual francés, dedica un pequeño ensayo a las reacciones del gran público frente a los progresos del cinematógrafo.

Hace unos meses—cuenta el autor de *Escenas de la vida futura*—Henri Duvernois se encontró con el cómico Dranem vestido de manera fantástica y maquillado como si estuviese en escena, yendo de tienda en tienda por una de las calles más céntricas de París. Dranem hacía esfuerzos por llamar la atención, y el público pasaba por su lado sin volver la vista, sin sentir la menor curiosidad ante el fanteche que deseaba interesarle y divertirle gratuitamente como lo ha venido

haciendo años y años a buen sueldo en los principales teatros de París. Duhamel comenta la inconsecuencia del público con un lugar común pero terriblemente exacto: señales de los tiempos.

El público ya no se asombra ni se escandaliza por nada. Ha visto realizados tantos prodigios que ya no cree en lo imposible; tiene a su alcance tantas maravillas que ha concluído por perderle el respeto a la ciencia y considerar a los sabios como simples obreros obligados a dar cada día alguna novedad sin exigir a cambio un poco de admiración. El huevo de Colón no es sino un huevo como los otros, apenas revelado el secreto del acertijo. Las fábulas carecen de prestigio aun entre los niños, y si el propio Aladino se presentara en una escuela con su lámpara, no faltaría un muchacho que le demostrara con precisas fórmulas algebraicas la posibilidad del sésamo aplicado a la industria moderna y al laboratorio. Los tiempos del candor están bastante lejos. La elec-

tricidad ha aclarado todos los misterios, la máquina ha destrozado las más viejas leyendas. Y hasta lo que todavía no tiene explicación y escapa al ojo alerta del investigador, se sabe que tarde o temprano será del dominio público, sin prestigio ni resistencia. La bombilla incandescente y el fonógrafo andan por el centro del Africa; los aeroplanos vuelan sobre las selvas; los esquimales conocen los arpones automáticos y las lanchas de motor, y en las colonias más atrasadas, los indígenas, desnudos y descalzos, manejan automóviles. Todas las anticipaciones de Julio Verne han sido realizadas y superadas, desde las veinte mil leguas de viaje submarino hasta las cinco semanas en globo y la vuelta al mundo en ochenta días. ¿Se le ocurrió siquiera al gran imaginativo la posibilidad del cine y del radio? Hoy nadie se sorprendería si la televisión entrara en el dominio doméstico o si la cámara fotográfica lograra captar los colores del prisma. Ni que se llegara a trasplantar víscer-

ras y a mejorar la obra de la misma naturaleza.

Hay otra clase de impasibilidad, de incapacidad de asombro, que es la de las almas sencillas. Recuerdo haber leído un reportaje del vuelo de los primeros aeroplanos sobre las aldeas del interior de China. Aquellas gentes no tenían ni la más remota noción de lo que era un aeroplano; nunca habían oído hablar de él, y a pesar de eso, cuando lo vieron volar y ronflar por encima de sus casas de paja, lo miraron tranquilamente, sin moverse de su sitio ni soltar la pipa, como si fuese el cuervo secular que atravesaba todos los días el cielo. Pájaro mecánico o pájaro de plumas, igual les daba.

No había pose desdeñosa en la actitud de esos chinos; había simplemente *impermeabilidad*, incapacidad de emoción. Esa impermeabilidad emocional es la que encuentra Duhamel en el gran público del cine. Lo mismo da ofrecerle una reconstrucción de la vida romana bajo Nerón que un film

directo de la caza de fieras en la jungla. A todo le da el valor de un truco. Cree que lo que sucede no puede pasar de otra manera. Y si por desgracia ocurre algún accidente fatal mientras se toma la película o si se requieren penosos trabajos para dar la impresión exacta de un hecho, el público sonrío con la malicia del que está en el secreto. Si no fuera así, el cine no sería cine. De vez en cuando se publica la noticia del suicidio de una estrella cinematográfica, o del desequilibrio nervioso de otra, producido por una tensión prolongada, o del viaje al Polo o al Himalaya de una expedición de cineastas. El público sigue sonriendo. No hay suicidio, ni enfermedad, ni viaje; todo es publicidad, truco para darle interés y valor a la película.

Los perfeccionamientos técnicos del cine satisfacen, pero no sorprenden. El paso del cine mudo al sonoro y del sonoro al parlante representa una serie de ensayos, experimentos, esfuerzos, estudios pacientes y la inver-

sión de enormes capitales. El público se encoge de hombros, aprovecha el progreso y espera próximas novedades. Total: invenciones, trucos inocentes que no engañan a nadie. Si tantos problemas se han resuelto, ¿por qué no se han de resolver muchos más? Para eso están los sabios, los ingenieros, los técnicos. La emoción del obstáculo vencido, del progreso logrado, pertenecen por entero al investigador, al inventor, al hombre de ciencia. El público recibe el perfeccionamiento ya en acción, ya digerido, en píldoras o en papilla y se concreta a aceptarlo pasivamente. Y si compara, es únicamente por contraste entre lo bueno y lo mejor.

La salvación del cine está, a juicio de Duhamel, en lo humano. El éxito de Chaplin radica en lo humanísimo de sus papeles y situaciones. Sus desventuras, sus placeres pasajeros, sus ilusiones y desilusiones son los del hombre de carne y hueso. Y de carne y hueso son los personajes de Pabst, René Clair, Bernard, Einsenstein y otros

técnicos rusos y alemanes. Toda la tontería vodevilesca y afolletinada de Hollywood no vale lo que una de esas películas intensas, reales, humanas, que le dan al cine un valor superior al de mera fotografía combinada por medios mecánicos más o menos ingeniosos. Maquillajes, plumas, lágrimas de glicerina neutra, vampirismos, todo eso está llamado a desaparecer para darle paso a un verdadero arte cinematográfico. Pero esa conquista se deberá a unos cuantos hombres cuyos esfuerzos seguirán siendo para el gran público meros trucos.



Dancing (dibujo de Vertés).

EL "DANCING" COMO FACTOR DE EVOLUCION SOCIAL

"A principios de Julio último, Mme. de C., esposa de un diplomático extranjero, denunció a la policía la desaparición de un saco de mano conteniendo joyas de gran valor: una sortija de platino y esmeralda de dos quilates, un brazalete de platino, brillantes y esmeraldas y un "pendantif" de platino y brillantes, todo asegurado en 250 mil francos".

Después publican los diarios la *cabeza*, muy engomada, muy cepillada, de Walde-
mar Scherrer, joven suizo que prefiere las
emociones del *danseur mondain* a la escuela
de paciencia helvética de la relojería. Con
la *cabeza* viene el *pie*, que es una historia

galante, de las que hacen sonreír a París porque París es un inmenso *boudoir*.

Es el caso que madame de C... ¿Pero a qué entrar en detalles, si es lo de todos los días, lo de siempre, lo de este parisianismo que corretea tras las sensaciones nuevas en el más drolático de los maratones? Madame de C. es poco más o menos como la buena señora de un opulento comerciante inglés que hace tres meses se prestó a servir de testigo en favor de un tal Lafortune, sentenciado a muerte por robo y asesinato de una octogenaria, porque el asesino se había portado con ella como un perfecto *gentleman* en todo el tiempo que le dió lecciones de baile. (¿A quién podía ocurrírsele enviar a la guillotina a un hombre que bailaba con maestría el fox y el tango argentino?) Es como la muchacha que en la última temporada de Deauville dejó en manos de un amigo, en el *dancing*, un espléndido collar de perlas, adormecida por el ritmo soñoliento de los acordeones bonaerenses. Es como la hija de Patiño, rey del estaño boliviano,

que extravió también un collar, no de estaño, sino de perlas, y muy finas, valuado en medio millón de francos. O como la hermosa brasileña que dejó no sabe dónde otro collar, igualmente de perlas, en manos de no sabe quién. O es quizás como la aturdida madame Weiller, burguesa con buenas rentas que buscaba distracciones en las *boites de nuits* menos recomendables.

Es como tantas y tantas damas honestas que por ser fieles a la moda, son infieles a sus maridos.

Sin sermones. Consigno un hecho. Yo sé que esto se llama el derecho a la felicidad, de que no se debe privar a nadie. Pero... Para un bárbaro de América, es todavía demasiado fuerte.

¿Por qué las señoras, las señoras generalmente otoñales, y las muchachas, las muchachas casi siempre suramericanas, pierden el seso por los maestros de baile, que algunas veces no son tales maestros, ni son jóvenes, ni apolíneos ni siquiera gentiles? ¿Por qué

del abrazo-prólogo quieren pasar con todas sus consecuencias al abrazo-epílogo?

El vértigo de la danza se explicaba a raíz de la post-guerra, cuando los espíritus sometidos durante cuatro años a una tensión máxima, necesitaban distenderse y buscar el equilibrio en el olvido momentáneo de las graves preocupaciones de la vida; cuando hasta las veleidades culpables podían considerarse pecadillos antineurasténicos. ¡Se había sufrido tanto! ¡Se había estado tan cerca de la locura a causa del miedo, del dolor, de la vecindad con la muerte! Entonces, con la resurrección de la paz, con la vuelta del hijo, del sosiego, de la confianza, estallaba la alegría como un cohete y su expresión más ruidosa y más gráfica era el baile. Víctor Margueritte explica en *La Garzona* esta pasión desenfrenada por el baile. La misma Mónica, ¿no es un producto de aquel estado de conciencia colectivo?

Pero, ¿y ahora que las almas han vuelto a la perpendicular, que el buen sentido burgués de los galos ha reencontrado el ritmo

pendular de su sistema, se conciben estas escapadas por la tangente, estos *pasos en falso*?

La guerra pasó; su influencia en la mentalidad social, empero, no ha pasado ni pasará en largos años. La perturbación ha sido en extrema honda para que sus efectos desaparezcan apenas han desaparecido las causas visibles. La herida está dentro. La moral, la ideología, la sentimentalidad del hombre atraviesan una crisis profunda, aunque no nos percatemos de ello. Un ciclo nuevo ha comenzado sin que nuestros ojos hayan percibido el punto de arranque. Pero la revolución, lo que sea—Freud y Spengler, Keyserling y Einstein, la poesía pura y la pintura de una dimensión—está ya en las células. Y ahora, ¿quién la echa afuera?

Recientemente el rey de Inglaterra salió de la convalecencia; la familia real y los médicos discutieron sobre el espectáculo a que debía concurrir. La votación fué unánime: una opereta americana muy alegre, que haga olvidar. Por la noche, rey, reina y

príncipes fueron a ver *Rose-Marie* para no pensar en nada.

“Bástele a cada día su propio afán”.

¡Olvidar! He aquí la palabra de orden.

El *dancing* adquiere así una importancia capital en la vida moderna, puesto que se encarga de aligerarla y sincoparla.

Y como el baile es embriaguez a veces, es olvido aceptado de antemano, es anticipación de intimidad, es promesa tácita, es entrega condicional y acondicionada, es el deseo en capullo; como es todo eso y puede ser mucho más, la clientela de los *dancings* crece por momentos, igual que en los teatros en que no se piensa, y en las salas espíritas, y en los consultorios médicos en que se filosofa sobre las enfermedades.

El marido, si pertenece a cierta clase social, no querrá caer en ridículo situándose fuera de su época. Amará el baile, o por lo menos amará el *dancing*. Su mujer amará ambas cosas. Bailará si sabe, y si no sabe, aprenderá. Y ya tenemos aquí al *danseur mondain* armado de un arma que seduce a

las mujeres porque lo hace parecer superior al marido que no baila. En este duelo irregular pierde algo: es un collar de perlas o un brazalete de platino con esmeraldas auténticas. Lo menos que puede suceder es que el profesor de baile o el bailarín profesional, después de haber abrazado, sacudido y sincronizado a la mujer, le cobre al marido su *trabajo*.

Se explica que en ocasiones hasta la esposa de algún diplomático pierda la cabeza y el consabido collar de perlas. Lo peor es cuando el marido, además de perder las perlas de su mujer, tiene que cargar con la *joya* del bailarín.

EL PIADOSO JURADO

La guerra, con sus calamidades, con sus angustias, con sus horrores inenarrables, encabrió los nervios del francés y perturbó su conciencia. Por esto cuando pasó la dantesca pesadilla y los espíritus en tensión buscaron el equilibrio, hubo una completa tolerancia para las mayores locuras y una piedad extrema para los más feroces arrebatos.

Fué aquella la época de las diversiones vertiginosas, del danzar frenético, de las veleidades amorosas, de los adulterios pimentados por el comentario humorístico de cualquier cronista de sucesos y de los crímenes perdonados en gracia a lo mucho que se había sufrido.

Esa filosófica concepción de la vida no ha cambiado gran cosa en Francia. Existe una

franquicia ilimitada para todas las ideas, una manga ancha para las debilidades del carácter ajeno, una comprensión humanísima frente a los extravíos de la pasión y una disculpa conmisericordiosa para los que fueron arrastrados demasiado lejos por los arrebatos de un minuto.

La alegría de vivir se considera un deber social.

La libertad es la suprema higiene del alma colectiva.

El derecho a la felicidad no se discute. Y felicidad es la independencia del hombre, felicidad es la coquetería de la mujer, felicidad el olvido momentáneo de las preocupaciones graves de cada día. Felicidad, sobre todo, es el goce del amor en todas las formas de amar y en todas las edades.

Y con ese *laisser-passer* se llega en ocasiones a términos inverosímiles. Se llega a la irresponsabilidad del asesino. Y a la glorificación de la bestialidad.

Leed la crónica roja. Raro es el día en que una mujer no ha descargado la *brown-*

ing contra su marido mientras éste dormía o en que el amante ambicioso y desdeñado no descuartizó a la amiga, porque se resistió a continuar cediendo a sus exigencias de dinero.

Tan frecuentes son los crímenes de esa serie—desavenencias, cartas, rondas, *rendez-vous*, noche de cabaret y un tiro en la sien del confiado compañero,—que el tipo de la matadora de maridos a mansalva es ya un personaje obligado de la caricatura y el vodevil.

El caso de una mujer que mata a un hombre porque lo quería mucho o de un hombre que degüella a su mujer porque la adoraba, no tiene importancia. Se llama *crimen pasional*. Y los crímenes pesionales no se castigan; se lamentan. Pertenecen a la novela sentimental, y un pueblo civilizado, resentido todavía de las sacudidas histéricas de la guerra, no puede exagerar su severidad al grado de llevar a la guillotina a un simple atacado de locura súbita.

Desde los tiritos de la Weiler a la fecha,

¡cuántos revólveres han puesto en París punto final a un episodio galante! ¿Recordáis? La Weiler, rica, con hijos, sale de parranda con su marido, regresa con él a su lujoso piso en horas de la madrugada y apenas nota que ha cerrado los ojos, lo fusila. Después se maquilla, toma su automóvil y se presenta tranquilamente en la prefectura de policía.

El ejemplo de la expeditiva señora crea escuela. Desde entonces, cada vez que la mujer se siente con jaqueca conyugal, toma la consabida pistolita y fulmina al fastidioso marido. Total: un día de publicidad, dos o tres meses de investigación y unos minutos ante el jurado, siempre inclinado al perdón de la viuda... voluntaria.

Ayer mismo una linda muchacha le dijo en broma a su esposo, mostrándole el pequeño revólver que llevaba en la bolsa de mano, como un detalle más de la *toilette*:

—Un día de éstos tendré que matarte.

—No lo creo.

—¿Qué no? Pues ahora lo verás.

Y le perforó el cráneo.

—Pero, ¿por qué lo ha matado usted?—le preguntó el inspector de policía.

Y ella, sacando un kedive de la esmaltada cigarrera, suspiró:

—Porque lo amaba con toda mi alma.

Y así todas las semanas, ya porque el novio se detuvo a medio camino, ya porque el marido se mostraba menos cariñoso o porque una noche de insomnio la mujer, creyendo descubrir en el apacible sueño de su cónyuge una prueba de infidelidad, quiso hacerse justicia por su mano.

No se puede matar a los que matan por amor. Y no sólo por amor sexual, sino también al que, por evitarle sufrimientos a su madre paralítica, le aloja una bala en el cráneo. O al que, como ha ocurrido recientemente, mata a sus hijos porque se mueren de hambre y luego se queda tan fresco.

El corazón de los jurados es muy sensible. Como el criminal tenga una razón sentimental que invocar a tiempo, nadie se atreverá a condenarlo.

Todo el peso de la ley se reserva en Francia para el que dispone indebidamente de lo que no es suyo. Salvo cuando se llama madame Hanau y sabe usar hábilmente de los millones acumulados con la estafa.

Por si pensárais que exagero, voy a reproducir el comentario que publica *L'Intransigeant*:

“Mme. Jeanne Samson—dice—y su marido se entendían mal. Numerosas discusiones estallaban a cada instante entre esta quincuagenaria y Augusto Samson, tres años más joven que ella. La vida se puso intolerable.

”Mme. Samson piensa en seguida, *como todo el mundo*, en el revólver. Pero encontrándose poco diestra en su manejo, concibe algo mejor y más seguro. Ayer, después de una nueva querrela, esperó a que su marido estuviera dormido e hizo hervir una vasija de agua. Cuando el agua bullía, se la echó al marido por la cara. Y el pobre hombre se halla a estas horas en el hospital.

”Hace un mes—continúa—deplorábamos

que la culata del revólver estuviera con excesiva frecuencia en manos de los esposos malavenidos, y ahora viene madame Samson, de una manera original, a sobrepasar la decena de crímenes de octubre antes de haber llegado el mes a la primera quincena. Estamos, en efecto, a 12 y registramos trece crímenes pasionales, sin contar con las reyertas, maltratos y tentativas de suicidios.

”Veamos: el primero de octubre un cobrador celoso tira contra su cuñado; el 2 una mujer ligera es asesinada en Marsella, mientras que una dactilógrafa trata de suicidarse en París; el 5, pasión en serie; un estudiante dispara contra su íntima amiga, una interna, en la calle Conti; un marido tira contra su mujer en Enghien; un criado tira contra una cocinera en la calle Madrid y un cocinero tira contra su mujer en Juvisy. He ahí una verdadera colaboración de todas las clases sociales.

”El 6 de octubre un guardabosque mata a su mujer de un escopetazo; el 8, una mujer asesina a su marido en Vitry; el 9, reposo;

el 10, un marido mata a su mujer en Caumartin; el 11, una joven *discute* tan fuerte, que se hiere, y esa misma mañana una mujer mata a su marido en la Garenne-Colombes, en tanto que un marido engañado hiere a su costilla en Tolón.”

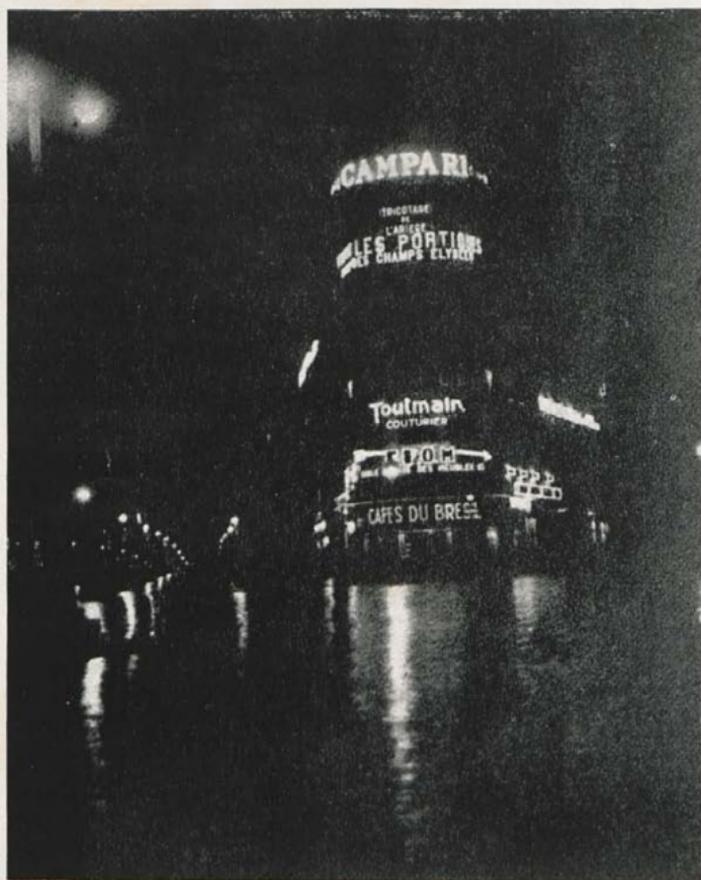
Y conste que no hemos hablado más que de dramas estrictamente pasionales. Sería demasiado larga la lista si relatásemos todas las escenas violentas de familia. Nosotros asistimos indiferentes a esa matanza de octubre.

Señalemos que los dos sexos han procedido con un perfecto sentido de la igualdad, lo cual representa un progreso masculino, porque antes era la mujer la más decidida en el ataque. ¿Estarán locos? ¿Será que la sangre ya no tiene valor? No sabemos qué hacer. En los caminos existen unos carteles que dicen: “Vale más llegar tarde que no llegar nunca”. Hace falta fabricar en serie otros que digan: “Vale más tener disgustos sentimentales que no tenerlos más de ninguna manera”.

¿ Creeréis, por supuesto, que madame Samson, la que peló a su marido con agua caliente, como a un pollo, ha sido molestada? Nada de eso. El señor juez, estimando que el marido le daba un trato brutal y que el estado de salud de ella es precario, la ha puesto en libertad provisional, anticipando el fallo absolutorio del jurado.

Así se explica que los pasillos del Palacio de Justicia ofrezcan el aspecto de una peluquería o un instituto de belleza. ¿Cómo hay mujeres esperando turno!

¿Será necesario fabricar jaulas-alcobas de seguridad para matrimonios averiados?



El ángulo Richelieu-Drouot en noche de lluvia.

PANTALONES Y FEMINISMO

En Francia no hay feminismo.

¿No hay feminismo porque hay feminidad o hay feminidad porque no hay feminismo? Es el círculo vicioso que se plantean ahora los cronistas sutiles para no caer en un tema de absoluta pesadez.

Lo indudable es que la francesa prefiere la elección de su libertad a su *libertad de elección*. Siempre será para ella más interesante un nuevo patrón de la moda que un cartel electoral. A una artista conocida le preguntaron:

—¿Qué piensa usted sobre los derechos de la mujer?

—Que eso está muy bien: que debe casarse.

El cronista le aclara que no se trata precisamente del matrimonio.

—Pues entonces—replica ingenuamente—, que debe divorciarse.

No se concibe la cuestión de otro modo. O el matrimonio, si conviene; o el divorcio, si no conviene. Y dentro de ambos extremos, todos los derechos del corazón y de la conciencia. Si alguna mujer carece de personalidad civil es ésta. Dueña la más de las veces del capital, o cuando menos de una parte, que aporta en concepto de dote, queda bajo la tutela del marido tan pronto se casa. Desde ese instante ni el nombre le pertenece.

Sin embargo, en pocos países la preponderancia de la mujer en la vida social es más efectiva.

¿Equivale esto a un voto en contra del sufragismo?

No. Es sólo una observación oportuna para explicar la actitud de madama Violeta Morris, ayer, en el Palacio de Justicia.

Madama Violeta es chófer de su pequeño

auto de paseo; lanza discos, pesos y jabalinas; nada, corre y salta. Para una vida deportiva tan llena de emociones como la suya es un inconveniente la ropa femenina. ¿Es acaso la ropa quien crea la costumbre o la costumbre lo que crea la ropa? El deporte, activo, independiente, ágil, dió el primer tijeretazo al cabello de la mujer. La falda perdió longitud tan pronto fué necesario darle soltura a los movimientos en el ajetreo cotidiano del auto, el tranvía, la calle, el baile.

¿Por qué—habla madama Violeta—se me ha de obligar a mí, que vivo a pleno aire, consagrada al deporte; por qué se me ha de obligar a deshacerme de mis cómodos pantalones, de mi holgada camisa de tennis, de mis anchas botas, de mis guantes de piel y de mi cigarrillo?

Sus compañeras de club, sus mismas compañeras de *sports*, le han hecho saber su dolorosa determinación de no admitirla mientras no cambie de traje, sobre todo de

pantalones. Cuanto al cigarrillo, con tal que sea bueno...

Madama Violeta no se ha resignado al cambio. Ella, al cabo, es una precursora. El hábito no hace al monje. El pantalón masculino, después de todo—sigue hablando madama Violeta, ahora en presencia de varios abogados del Palacio de Justicia—es más honesto que la falta corta. Si no... observad. (Da unos pasos rápidos, muestra un talle esbelto, un busto gracioso y unos brazos redondos).

Los abogados, por unanimidad, le dan la razón. Pero... y ¿las otras, menos plásticas?

Madama Violeta replica entonces con viveza:

—Mi receta, en ese caso, es infalible: ejercicio, aire, sol, agilidad, un cigarrillo y unos pantalones. En definitiva, todo es cuestión de pantalones. Y yo que los llevo, sabré defenderlos como se defiende un campeonato. ¡Ni que fuera la primera vez!...



Napoleón (por David).

NAPOLEONE

Como quien ancla en una rada después de haber navegado con mala mar, me aislo ahora, hojeo mis libros y hago unas acotaciones mentales. Mientras la guerra sea una novedad—y lo será siempre, porque es una forma de selección natural—Napoleón será una figura sobreactual, principio de toda estrategia moderna. Pero para los que no somos militares, lo más interesante de Napoleón es el hombre en sí.

La gloria de Napoleón no cabe en Francia; se desborda por Europa, crea una literatura, se fija en el pensamiento de los caudillos como un perfil de medalla y proyecta sobre los siglos la sombra épica de su redingote y su bicornio. Napoleón fué por encima de todo un hombre que poseyendo el

sentimiento de la familia para fundar un hogar dichoso, el amor por la tierra natal capaz de convertirlo en redentor, cultura clásica y facultades literarias propias de grandes escritores y dotes políticas sobradas para destacarse en la vida civil de una gran nación, se ve obligado a sacrificar sus afecciones íntimas para entregarse por entero a circunstancias fatales, fraguadas por el destino. El único escritor que ha sabido descubrir a ese hombre de ternuras domésticas burladas, de devociones traicionadas, de ensueños frustrados, es Emil Ludwig. Judío y alemán, sin reservas de ultrafrontera ni exaltaciones de compatriota deslumbrado, estudia al personaje igual que un documento histórico, a través de su correspondencia, de sus "apartes" en pleno acontecimiento; y de esa disección sale un Bonaparte humanizado y humano, obrero de su propia grandeza, al que la suerte vuelve con frecuencia la espalda allí donde los otros triunfan sin esfuerzo y sin méritos.

La mentalidad de Napoleón no tiene nada

de francesa. Su énfasis, su imaginación calenturienta, su romanismo militar dado a las invasiones, son italianos. Su padre peleó con Paoli contra los franceses por la libertad de Córcega y en la Escuela de Brienne, cuando discutía con sus camaradas, el hijo de Leticia —Napoleone entonces— juraba, en mal francés, hacerle algún día a Francia todo el mal que pudiese.

Estudiaba. Leía a Plutarco y se encariñaba con sus héroes. A los 16 años era temente. En su diploma se leen estas observaciones: “Reservado y estudioso, prefiere el estudio a cualquier clase de diversión; gusta de la lectura de buenos autores: muy aplicado en ciencias abstractas... Silencioso, amante de la soledad; caprichoso, altivo, extremadamente egoísta; habla poco; enérgico en la respuesta, pronto y severo en las réplicas; tiene mucho amor propio: ambicioso y aspirante a todo”. Se apasiona por las cuestiones referentes a la Sociedad y al Estado, y mientras sus compañeros de mayor posición juegan o se enredan en faldas,

él lee la Historia de la Artillería, el reglamento de los sitios, las Constituciones de los persas, atenienses o espartanos, la historia de Inglaterra y las campañas de Federico el Grande, las costumbres de los tártaros y de los turcos, la Historia de Cartago y la del Egipto, la descripción de las Indias, a Bufón y a Maquiavelo, la Constitución de Suiza y la de los Incas, la Historia de la Aristocracia, los crímenes de la nobleza, las leyes de reproducción, la estadística de la mortalidad, la Geografía, la Astronomía y la Meteorología. Conoce las dinastías sajonas y las sectas brahmanas y la biografía de 27 califas.

Estudia a la vez todo lo referente a cañones y municiones. Sus cuadernos están plagados de cifras. Inventa campañas y distribuye los cañones según su criterio. Se rodea de mapas, copia discursos enteros del Parlamento de Londres y dibuja cartas geográficas de países lejanos. Al final de su último cuaderno de la Escuela Militar escri-

be: "Santa Elena, pequeña isla en el Océano Atlántico. Colonia inglesa".

Su mirada no se aparta de Córcega. Escribe a Paoli en tono de epopeya invitándolo a la expulsión de los franceses. Es una audacia de juventud. Paoli se ofende y le contesta que la juventud no ha escrito nunca la Historia. La Revolución no tardará en desmentir esta teoría del anciano caudillo.

Mientras las cosas cambian, el pálido teniente busca dinero por todos los medios. Lo busca infructuosamente. Entre él y su hermano Luis, de quince años, reúnen ochenta y cinco francos mensuales. La Academia de Lyon abre un concurso. Premio: 1,200 francos. Napoleón envía un trabajo de admirable intuición profética: "Los crímenes no son para el ambicioso más que juegos, la intriga no es sino un medio. Tan pronto arriba al poder, el homenaje de las multitudes le fatiga. Los grandes ambiciosos han buscado la felicidad y han encontrado sólo la gloria... El espartano es bueno porque es fuerte; sólo el débil es perverso". Ter-

mina con esta síntesis que su vida confirmará más adelante: “Los hombres de genio son meteoros destinados a quemarse para iluminar su siglo”.

El tribunal declara sin interés el razonamiento y otorga el premio al hijo de un vizconde. En esto, los arrabales de París caen sobre las Tullerías, el rey huye, la Revolución triunfa. El frustrado concursante, que en el fondo no se siente realista sino revolucionario, ni siquiera francés, asiste al espectáculo sin tomar participación. Su esperanza sigue estando en Córcega, y allá se va. Nuevo fracaso. Regresa en hora precisa para aprovechar el desconcierto de Tolón, dirige el ataque y derrota a los ingleses, de acuerdo con un plan que se consideraba impracticable. París celebra grandes fiestas y empieza a mirar con atención a Bonaparte, héroe del día. Lo nombran general de brigada. “Si fuéramos ingratos con él —dicen en la Convención,—se abriría paso él solo”. Pero Robespierre, su amigo, es decapitado. Lo destituyen y destierran. Mu-

cho más tarde se le devuelve al servicio activo, porque “hay necesidad de él en el Ejército”. Tanto que al organizarse las operaciones de la frontera italiana, el Ministerio de la Guerra lo llama para que exponga un plan de campaña. En el acto suministra datos preciosos sobre los desfiladeros, las condiciones climatéricas, la flora, la fauna, la administración, la opinión pública, el carácter de los habitantes. Todo lo tiene previsto. El Ministerio le pide un informe escrito para someterlo al estudio de una comisión y le deja tomar el tiempo necesario para redactarlo. “Dentro de media hora mi memoria está terminada”, contesta.

La comisión, recelosa, decide ponerlo al frente del buró de operaciones. Trabaja sin descanso y se hace amigo de los periodistas. Estallan motines populares. La turba marcha contra la Convención. El asalto es inminente. A Bonaparte se le confía la defensa del Gobierno. Truenan los cañones, la multitud se dispersa, quedan treinta

muertos y sesenta heridos frente a las Tullerías.

Al cabo, son franceses. En premio, se le nombra jefe del Ejército de Italia. “Ese plan—¡el plan!—es la obra de un loco; que él mismo se encargue de ejecutarlo”, informan las comisiones.

Napoleón se ha enamorado de Josefina. Su gran pasión. La ardiente martiniqueña es amiga de Barrás y éste el personaje más influyente del Directorio. Directorio, Barrás y Josefina irán cayendo a su turno.

LOS BONAPARTE

Napoleón tuvo desde pequeño el sentimiento de la familia. Apenas muerto Carlos Bonaparte, empieza a economizar para su madre, la animosa Leticia. Y a medida que avanza en su carrera, va levantando a sus hermanos hasta convertirlos en príncipes.

Por la familia soportó la infidelidad de Josefina. Por la familia se divorció de ella para casarse con una Hapsburgo. Y fueron las ambiciones desmedidas de sus hermanos y los sueños dinásticos de éstos lo que concluyeron por derribarlo.

Todos pagaron con ingratitud los favores recibidos y lo abandonaron en la caída. No era más que teniente, con menos de sesenta francos al mes, cuando le pagaba los estu-

dios a su hermano Luis. El mayor, José, después de gastar lo poco que dejó el padre, se apoya en el teniente para hacerse concejal de Ajaccio y casarse con la hija de un rico sedero de Marsella. Luciano, el más enérgico, preside el Consejo de los Quinientos después de la campaña de Italia que le da notoriedad al apellido. Al regreso de Egipto, ya a punto de ser puesto fuera de la ley, un gesto dramático de Luciano salvará a Napoleón y hará triunfar el golpe de Estado. Jerónimo, Carlota, Elisa y Paulina vivirán a expensas de las victorias militares del *Capitán del Siglo*.

Sólo Leticia fué siempre una madre perfecta. Abnegada, enemiga del ambiente cortesano, conciliadora y clarividente como todas las madres. Casi perdido por el fracaso de la aventura de Africa, la encuentra con los brazos abiertos en la casa natal de Córcega. Exilado en la Isla de Elba, le hace compañía, le entrega sus ahorros, le prepara una fiesta campestre, a la usansa corsa,

y se felicita del destierro que libraré a su Napoleone de peligros y le permitirá vivir en paz el resto de sus años. En fin, ya en camino de Santa Elena, vencido y enfermo, quien únicamente desea acompañarlo es la viejecita que a cada nueva ascensión del conquistador repite: "Con tal que eso dure...", y que al anuncio de que retornaría a París para ponerse otra vez al frente del Ejército, confía en que no se eclipsará entonces, como no se había eclipsado antes, la estrella de su destino.

Estas cosas tiernas las expresa Leticia en dialecto corso, más íntimo al corazón del hijo. Se escandaliza al saber que éste usará la corona de Luis XVI. "Eso le traerá desgracia; cualquier republicano fanático puede asesinarlo: yo lo he soñado". Más adelante, al romperse las relaciones entre el emperador y el papa, profetiza el final de las audaces correrías: "Preparas tu ruina y la de la familia; conténtate con lo que tienes; el que abarca demasiado, lo pierde todo".

Los hermanos y las hermanas no se preocupan sino de su parte en el botín.

Se destruyen, improvisan y reparten reinos para que los hermanos arrastren una existencia fastuosa y disipada. José gobierna a España tan mal, que la subleva. Huye y en recompensa obtiene cargos de gran responsabilidad y provecho. Se encarga de la defensa militar de París en momentos de decidirse la suerte de las armas francesas, y huye también. Siempre huye ridículamente y compromete los planes del hermano.

Jerónimo, rey de Westfalia, huye a su turno. Luis huye de Austria y cae en París. Luciano sigue en sus trece, afirmando, como a los veinte años, que Napoleón tiene ambiciones egoístas que sobrepasan su amor por el bien público y que dejará a la posteridad un nombre de horror.

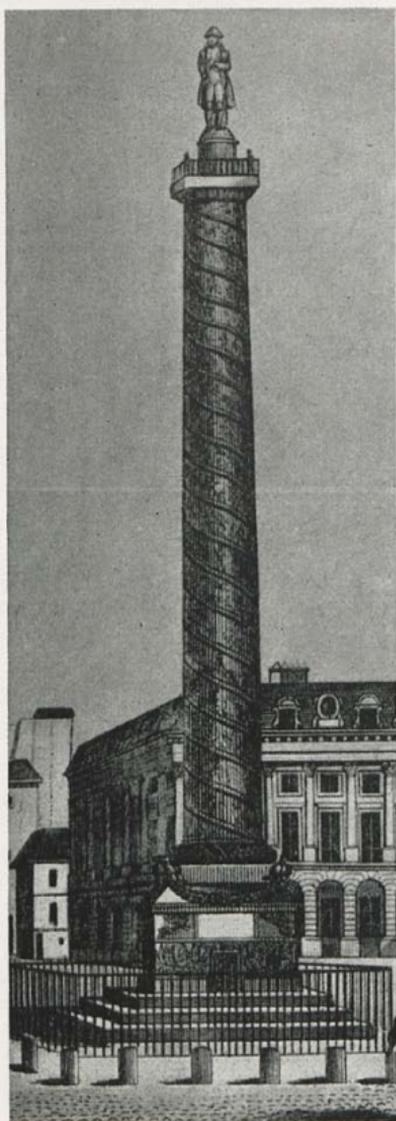
Carolina logra que Murat firme un pacto secreto con Inglaterra. Elisa espera una muerte trágica que le permita apoderarse de las riquezas del emperador, y Paulina se divierte...

En los días de Elba nadie se le acercó a ofrecerle ayuda. Josefina recibía en la Malmaison al joven czar, y María Luisa, su rival triunfante, adoptaba el título de duquesa de Parma y olvidaba sus penas en brazos de Neipperg, un oficial austriaco. Un día recibe carta de Luciano, hecho Príncipe de Cansino por el papa; vive en Roma *principescamente*. Es dueño de altos hornos, y como en la Isla de Elba hay minas de hierro, propone a su hermano "un buen negocio".

Napoleón no se explica cómo aquellos hermanos elevados, ennoblecidos, enriquecidos por él, pueden olvidarlo y traicionarlo a las pocas semanas de la abdicación.

Pero no se cansará de favorecerlos. Y en vísperas de la partida definitiva, distribuirá entre los suyos cuanto le queda con la misma prodigalidad que repartió honores y dominios en el apogeo de su poder y de su gloria.

Sólo una viejecita que nunca habló en francés ni recibió nada de Francia, lloró al partir, para el final exilio, el emperador de los franceses.



Columna Vendome.

EL DICTADOR DE 27 AÑOS

¿Cómo se explican los triunfos de Napoleón en la campaña de Italia? Ludwig los atribuye a su juventud y a su salud. Sobre todo, al espíritu de la Revolución.

Sin el sentido igualitario de la época nueva, ni su estómago fuerte ni su resistencia para las marchas largas le hubieran dado el comando dictatorial de un ejército a los 27 años. Entonces lo que contaba era el mérito, la capacidad dinámica y no los blasones.

Frente a este general hecho en el campo de operaciones, aleccionado por las dificultades, para quien todo lo era el tiempo, se presentaban militares de grandes paradas como el archiduque Carlos de Habsburgo o viejos cargados de cruces y de años como Wurmser, Alvinezy, Colli, Beaulieu, el rey

de Cerdeña, con tropas mercenarias de diversa procedencia y distinta lengua y estamentos mayores de nobles y favoritos de corte.

El *entourage* de Napoleón era otro. Sus colaboradores salían de las filas oscuras; algunos eran de baja extracción. Augereau, desertor de tres ejércitos, salteador de caminos; Massena, grumete, vagabundo; Berthier, aventurero. ¿Y él mismo, qué era entonces sino un hombre de asalto y aventura? Los mariscales del Imperio no estaban fabricados del mejor barro. Su gran habilidad fué esa: rodearse de auxiliares inferiores a él y que todo lo debieran a su apoyo. Ney, Bernadotte, Murat, Duroc, Desaix, Kleber, fueron recompensados con largueza; el valor y la lealtad hallaron siempre a su lado tierra fértil. Pero, sobre toda voluntad, la suya. Cuando en París se alarman con sus gestos dictatoriales y disponen que Kellermann comparta el mando militar con él, insinúa un regreso violento de consecuencias incalculables. “La guerra como el gobierno, es una cuestión de tacto... Yo sé

que estoy destinado a acciones que el mundo no sospecha”.

Firma la paz con el rey de Cerdeña. Entra en Milán con faustos de príncipe; pero no en plan de conquistador tiránico, sino de enviado de la Revolución que redime a los pueblos oprimidos por las dinastías; es además un compatriota, por el nombre, por la lengua materna.

Castiga el pillaje, exige respeto a la propiedad, a la religión y a las costumbres, y se dirige a la multitud en proclamas que completan sus victorias.

Los soldados hambrientos y descalzos que recibieron la promesa de ser conducidos a las más fértiles llanuras del mundo, la han visto cumplida a las pocas semanas; acaso por esto, los generales aventureros se han sometido a una disciplina rigurosa y son ahora los campeones del orden. Napoleón le infunde alientos al soldado, de los jefes hace héroes, a su alrededor se respira una atmósfera de gloria. Y con todo, su aspecto es sencillo, sencillas sus costumbres. Su

único lujo es el baño; muy caliente y prolongado, como lo exige su temperamento nervioso.

A su vuelta de Italia, Talleyrand, fino olfato de zorro, pronuncia en medio de la apotheosis su famosa profecía: “La Francia entera será libre; quizá él no lo sea jamás; tal es su destino”.

En París se rodea de sabios; son sus únicos invitados verdaderos. Asiste a las sesiones del Instituto, habla de Poesía y Metafísica con Chenier; enseña a Laplace los nuevos métodos italianos para inscribir el círculo y se documenta aquí y allá. Son los preparativos de la expedición a Egipto, a donde le acompañarán astrónomos, químicos, arqueólogos, pintores, poetas, orientalistas en cantidad de 175. Homero, Plutarco, Ossian, El Corán y la Biblia, Montesquieu y las campañas de Alejandro constituyen sus lecturas. ¿El Corán y la Biblia? Son obras *políticas* que sabrá manejar con oportunidad.

Después de comer propone un tema, gene-

ralmente de Matemáticas o Religión, y designa dos contradictores. Allí está Monge, allí está Desaix, allí están Berthollet, Kleber, Laplace, su secretario Bourrienne y Berthier, que se duerme sobre *Werther* sin entenderlo. Si hay calor, se busca el espacio libre y la conversación se pierde en los planetas, las estrellas, los misterios y las bellezas de la Creación.

A la postre, generales y profesores concluyen en que el equilibrio del orbe no será perfecto mientras no reinen entre los hombres la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Meses más tarde degüella a los mamelucos frente a la Esfinge. “Soldados: desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan.”

Abukir. Desastre naval. No importa. Concibe proyectos fantásticos. Partirá para el Asia en lomos de un elefante, la cabeza envuelta a lo oriental y en la mano un Corán de su cosecha. Fundará una religión singular, atacará a los ingleses en la India

y se hará nombrar Kebir. Proyectos gigantescos que le hacen olvidar los deslices de Josefina. Se divorciará. Por lo pronto, paseará en su litera a una modistilla francesa, a la que ha ofrecido un futuro Imperio a cambio de un hijo.

En los *ocios*, discute mano a mano con sus amigos los sabios, sin imponerles nunca su voluntad; sólo de ellos admite consejos y censuras. La universidad ambulante corresponde con creces a su confianza. Napoleón toma parte en los trabajos; pero colocándose en segundo plano e instruyéndose en las materias que no son de su dominio. Estudia así los peces del Nilo, analiza las aguas, los minerales y las arenas del Mar Rojo, busca los orígenes de la peste y la tracoma, imprime una gramática y un diccionario de campaña, descubre la clave de los geroglíficos y traza en el mapa el canal de Suez.

Las cosas de Egipto salen mal; las de Francia andan peor. Es preciso dejar las

tropas al mando de Kleber y retornar a París.

¿Pero cómo? De noche, silenciosamente, salen dos fragatas, resto de la poderosa flota destruída por Nelson. Los barcos ingleses vigilan el Mediterráneo. Después de seis semanas, los fugitivos descubren una línea de montañas en el horizonte. El capitán consulta la carta de navegación, los sabios que van a bordo no pueden precisar en qué sitio se encuentran; sólo Napoleón, que no es sabio ni marino, pero es corso, exclama: “Es Córcega”. Luego vacila. ¿Y si Córcega ya no es francesa?

En tierra, dos brazos le salen al encuentro: *Figlio!*. París lo recibe con impaciencia. Únicamente él, puede salvar a Francia de la anarquía. Golpe de Estado del 18 Brumario. Se hace Cónsul. El Cónsul no tardará en hacerse Emperador.

Josefina corre a su encuentro; conoce el poder de su belleza. Bonaparte se niega a recibirla. Ella toca desesperadamente toda la noche a la puerta del esposo ofendido,

ahora el hombre más fuerte y popular de la nación. Lloro, suplico, apelo a Eugenio y a Hortensia, sus hijos, que lloran y suplican a su vez.

La puerta al fin se abre. Silencio. Ni un reproche. . . Al medio día, de sobremesa, Josefina le presenta las cuentas contraídas en su ausencia. Poca cosa: dos millones de francos.

Napoleón los paga sin decir palabra.

LAS CUATRO ISLAS

Napoleón debe sus triunfos a su energía, actividad, imaginación y espíritu de orden.

En Tolón triunfó el organizador. En el Consulado, el organizador también. En el Imperio igualmente el organizador. “Sabéis lo que yo más admiro en el mundo?—dice al sentarse en la cabecera de la mesa oval de las Tullerías como primer cónsul—; es la impotencia de la fuerza para organizar cualquier cosa. A la larga, el sable es siempre batido por el espíritu”.

Para él, orden e igualdad son la misma cosa. Lo que no comprende es la libertad. De todos modos, es el hombre de la revolución. Escoge a sus colaboradores sin ocuparse del nacimiento ni de la intriga. Honra al Instituto nombrando a Laplace Mi-

nistro del Interior. A su lado se sienta Roeder, periodista, el carácter más independiente de su *entourage*; Tronchet, el primer jurista de Francia, ocupa su sitio entre un jacobino y un realista. En la mesa del Cónsul no existe otra política que la de la inteligencia. “Vosotros no estáis aquí para recibir mis consejos; al contrario, yo estoy para recibir los vuestros”.

Hasta la Revolución el Derecho era un mito; once años después no se había hecho gran cosa, en la práctica. Napoleón nombró dos comisiones codificadoras. Tres juristas eminentes redactaron el famoso código con su intervención. A los cuatro meses estaban terminados, y al año y medio, en vigor. Todos sus principios se inspiran en la Revolución: abolición de títulos hereditarios, igualdad de derecho de herencia para los hijos, matrimonio y divorcio para todos. Así sale del caos el Derecho de Gentes y su base es el *Código Napoleon*. La Revolución fija en 13 y 15 años la edad legal del matrimonio; él la eleva a 15 y 21. Sus teo-

rías sobre el divorcio y la familia son admirables. El viejo abogado Tronchet se asombra de la perspicacia de Bonaparte. Roeder encomia su sagacidad y potencia de atención.

El Cónsul no tiene, por su parte, más que una preocupación: "...¿Será esto justo? ¿Será útil?" En tres años gobierna y administra mejor que los reyes en un siglo. Interroga a cada cual en los términos de su especialidad para que no haya el pretexto de no comprenderle. Posee una sorprendente precisión técnica y una memoria que no falla. El Marqués de Segur, después de inspeccionar las fortalezas de Francia, le rinde un informe. "El estado es exacto; pero faltan por anotar dos cañones de a 4 de Ostende".

Se enfrenta con la cuestión económica. Depura los impuestos, crea El Banco de Francia, nombra una *Comisión de Aguas y Bosques* y funda el Catastro. "La verdadera libertad civil—explica—depende de la seguridad de la propiedad; y no la hay en

un país donde se puede cambiar cada año el tipo de las contribuciones”.

Acomete la amortización de la deuda y sus intereses, renueva las Cámaras de Comercio, reglamenta la Bolsa, ahoga la especulación que lucra con la baja de la plata, descubre y castiga los fraudes de los contratistas del ejército, destituye oficiales y levanta la industria nacional.

Su energía es inflexible e incorruptible. Se rodea de hombres capaces y nombra hasta los alcaldes cuando no responden a su sistema. “Lo que yo soy y haga, que cada uno lo sea y haga en su esfera; quiero establecer una jerarquía de pequeños primeros cónsules”.

No le importan las críticas. “Necesito buenos obreros, y el mal está en que todos quieren ser arquitectos. Por lo demás, no hay un francés que no se crea capaz de gobernar al país”.

Para mostrarse imparcial en política, es decir, para no favorecer a ningún partido por temor a que sea más que él, nombrá Mi-

nistro de la Policía al jacobino Fouché y Ministro del Interior al aristócrata Talleyrand. Porque “¿qué revolucionario no se sentirá satisfecho de un régimen que confía el orden a Fouché y qué gentleman no vive en un país que cuenta con Talleyrand? El uno está a mi derecha y el otro a mi izquierda. Entre ambos se abre una larga vía donde cada cual encuentra su plaza”.

Después de la paz de Luneville se le quiere levantar una estatua. La acepta: que el sitio quede señalado, pero a condición de que sean los siglos quienes ratifiquen la buena opinión que se tiene de él.

Establece relaciones con Fox y logra que Inglaterra reconozca la República. Austria Prusia, Baviera, Rusia, España, Nápoles y Portugal también la reconocen. Gracias al tacto de Napoleón la obra revolucionaria se consagra.

Abre al público los jardines de las Tullerías. Reforma la enseñanza. Crea 6,000 becas; la tercera parte queda reservada a

los hijos de hombres de mérito. Tres años más tarde Francia tiene 45 mil escuelas primarias, 750 institutos y 45 liceos. Rinde homenaje al Instituto escogiendo un tercio de senadores entre sus miembros.

Va a ser emperador. Talleyrand enseña las maneras cortesanas a los catorce generales que han sido antes dependientes de café, caballericos y grumetes. Las mujeres aprenden a hacer grandes reverencias, a sentarse, a bailar. Las únicas costumbres del antiguo ceremonial que se suprimen son: el besamano y la presentación de la camisa al *Lever*.

Quiere ser hombre de corte. Pero en el Palacio de Saint-Cloud, en medio de las damas, no se le ocurre más que preguntarles si ellas mismas han lactado a sus hijos, y repetir: “¡Qué calor hace!” El día de la coronación, cuando todos esperan que se arrodille para que el Papa lo corone, toma la corona, se la pone por su mano y le dice a su hermano José: “¡Si nuestro padre nos viera...!”

Después de todo, ¿qué es el trono? “Una silla revestida de terciopelo”, un detalle decorativo del poder. Le presentan un dibujo que representa un león en reposo. “No; mi emblema será un águila con las alas desplegadas”. Y en un banquete de reyes, en que se estudian genealogías, corta la conversación con una anécdota: “Cuando yo era teniente...” Otra vez, al emperador de Austria: “La Casa Bonaparte comienza el 18 Brumario; yo soy el Rodolfo de mi línea”.

Reverencia siempre al talento. Visita a Weimar por saludar a Goethe. Monge, Laplace, Guerin, Gerard, son nombrados *barones*.

Aunque entiende que el poder nunca es ridículo, manda destruir un boceto de medalla en que las águilas francesas devoran al leopardo inglés. “¡Cómo puede concebirse esto, si ahora mismo yo no podría enviar un barco a la pesca!”

Jamás contó una obscenidad. Considera la ingratitud como una de las más grandes debilidades humanas. Siente un profundo

respeto por los reyes *con personalidad*. Escribe sus órdenes en el gabinete de Federico. Busca en Lombardía el Arco de Augusto y en Egipto la columna de Pompeyo. En Madrid y en Moscú visita la residencia de Felipe II y de Catalina.

En campaña, el tiempo es lo esencial para él. Se dirige a Bernadotte: “Por vuestra falta he perdido un día entero, y la suerte del mundo depende de un día”. Cerca de Boulogne encuentra a un pelotón de soldados extraviados, mira el número del regimiento, pregunta cuándo y dónde partieron y los orienta indicándoles en qué etapa se reunirán con su batallón. En aquel instante tiene 200,000 hombres en marcha.

Sus costumbres no cambian con las eventualidades. Prefiere su capote gris al manto de armiño. Duerme poco, cansa en el trabajo a sus cuatro secretarios; su lujo es el baño caliente, el agua de Colonia y la ropa interior, que muda dos veces por día. Se asigna la misma dotación que Luis XVI,

pero reduce los gastos de Palacio y economiza doce millones anuales de lo suyo.

En Santa Elena se defiende de los ataques de un diario inglés que le supone enormes tesoros. ¿Queréis conocer los tesoros de Napoleón?—escribe—. Son inmensos; hélos aquí: el puerto de Amberes; las obras hidráulicas del Havre, Dunkerke y Niza; las rutas de Amberes a Amsterdam, de Mayance a Metz, de Burdeos a Bayona; los pasajes del Simplón, de Mont Cenis, de Mont Genebre, de la Corniche, que abren los Alpes en cuatro direcciones, las rutas de los Pirineos a los Alpes...” La relación es interminable, canales, puentes, palacios, acueductos, muelles. Sesenta millones en muebles. Sesenta millones en diamantes de la Corona. El *Regente*, adquirido en Berlín por tres millones, museos, industrias, catedrales, monumentos. “La Historia dirá—concluye—que todo esto lo hice en medio de continuas guerras y sin concertar ningún empréstito”.

Se anticipa un siglo a la concepción del

Derecho Internacional. Proyecta un código europeo, una Corte de Casación europea, defiende la libertad de los mares y concibe los Estados Unidos de Europa. Poco más o menos: el Tribunal de la Haya, la Sociedad de las Naciones de Wilson y la Pan-europa de Briand. Si Napoleón encuentra un Nelson, hubiera cambiado la faz del mundo. Pero dos Napoleones, uno en la tierra y otro en el mar, no hubieran cabido en un mismo período de la Historia. Después de su segundo matrimonio, Napoleón hizo esfuerzos sinceros por mantener la paz. Pero sus enemigos eran demasiados y lo obligaban a defenderse de sus agresiones. ¿No se casó con una Habsburgo por captarse la amistad de las casas reinantes? Construído el Imperio sobre la espada, en la espada debía sostenerse hasta el final.

En las últimas batallas se bate con la temeridad que en las de su juventud. Quiere morir y corre a los lugares de mayor peligro. En Waterloo no lo vencieron Wellington y Blucher, sino el cáncer y la falta de

fe. No podía montar a caballo. Sufría vértigos y dolores horribles.

¿Podía imponerse en lo adelante por las armas? “Es el espíritu y no la fuerza militar—dirá—lo que gobierna y manda. Una de las cualidades del general moderno es el cálculo: cualidad civil; es el conocimiento de los hombres: cualidad civil; es la elocuencia, no la del legista, sino la que electriza: cualidad civil”.

En la cama de Santa Elena sueña con una bohemia semejante a la de sus primeros años de milicia. “Yo viviré muy bien con doce francos diarios en Francia. Comeré por treinta centavos, frecuentaré las tertulias literarias y las bibliotecas; iré a los espectáculos. ¡Un luis al mes por un cuarto!... Me divertiré muchísimo visitando a todas las personas de mi posición económica. Dios ha dado a todos los hombres la misma dosis de felicidad. Realmente, no nací para ser lo que he sido. Yo seré más dichoso de *Monsieur Bonaparte* que de *Emperador Napoleón*.”



Estaba escrito. Debía morir con el estómago perforado por el cáncer bajo el techo de una antigua caballeriza, convertida en residencia imperial por el odio mezquino de un Hudson Lowe.

Lowe amargó cuanto pudo el exilio de Napoleón, precipitó su muerte con vejaciones y crueldades inicuas. Aun muerto, no lo dejó en paz. Prohibió el traslado de sus restos a Francia y las inscripciones sobre su tumba.

El destino de Napoleón puede calificarse de *insular*. Nace en Córcega, sufre su primer ostracismo en la Isla de Elba, se entrega a la *hospitalidad* inglesa en la Isla de Aix y muere en Santa Elena.

Nueve años después de su muerte, los Orleans derrocan a los Borbones, y para atraerse a los bonapartistas vuelven a la Columna Vendome su estatua, derribada por la furia borbónica.

La noticia llega a los Bonaparte. Jerónimo es el portador jubiloso de ella. ¡Otra vez considerados y respetados por el po-

der! ¡Otra vez ricos e influyentes! La única voz desinteresada que se eleva en medio del coro de ambiciosos es la de Leticia, la anciana madre, que grita: *¡El Emperador está de nuevo en París!*

Aquel grito de *vendetta* la deja tranquila y satisfecha. Por su boca ha hablado el alma de Córcega.

LOS AGUILUCHOS

Napoleón fué tan poco afortunado con sus amigos y compañeros de armas como con sus hermanos y mujeres.

Por cálculo o por gratitud, jamás dejó de compensar la ayuda de su *entourage*. El peldaño más alto lo ocupaba él; pero los otros estaban destinados a quienes lo siguiesen más de cerca en el galope hacia la gloria. Panaderos, cocineros, toneleros, gente de la gleba y sujetos desarraiados, tomaban la mochila a su lado, seguros de llevar en ella el bastón de un mariscal y aún el cetro de un rey. Y con los honores repartía millones arrancados a los pueblos de su vasallaje, y tierras y castillos, y todo aquello que antes sólo poseían los príncipes por herencia o por derecho de conquista.

Para Napoleón, la corona, el cetro, el manto de armiño, el fausto del trono, no eran sino simples detalles teatrales de su sistema político. Había que impresionar la imaginación popular con una obra en que los papeles estuviesen bien repartidos y en que él, indiscutiblemente, fuese el primer actor.

Sus mismos amores forman parte de la *mise en scene*. Sus cartas a Josefina pueden figurar en el manual de la perfecta declamación romántica. Josefina comprendió su rol y tomó el brazo del triunfador. Cuando este necesitó emparentarse con las casas reinantes buscó a María Luisa. Entra en Milán y se apodera de la Scala, es decir, de la bella Grassini, que lo había desdeñado en otro tiempo y que él lleva a la Opera de París, para derrame un poco de luz sobre su palco. La Walewska es descubierta en el fondo de Polonia durante una de sus campañas y toda Europa sabe que la espléndida mujer le pertenece. La más constante de todas es la polaca. Lo visita en Fontai-

nebleau después de la abdicación y más tarde se aparece en la isla de Elba. Pero todas, incluso ella, lo engañan, todas lo olvidan.

Talleyrand y Fouché, sus favoritos, aristócrata aquél y jacomino éste último, son sus peores enemigos, venden sus secretos y preparan Waterloo y el destierro de Santa Elena. Talleyrand, genial en sus intrigas, insensible al insulto, de una venalidad sin límites, recibe dinero del Czar Alejandro y de Metternich, y continúa siendo el cortesano de Bonaparte. No se sacia. Mañosamente se introduce en las intimidades del hombre a quien todo lo debe. Conspira contra la seguridad del Estado. Y apenas el Emperador cae, corre a confiscarle los 150 millones reunidos durante catorce años con las economías de la lista civil y las vajillas, la ropa, los pañuelos con su monograma. Fouché es aún más sañudo, más implacable. Por sus enredos y consejos Bonaparte fué deportado a Santa Elena y no a las Azores o a Corfú, como habían pensado las potencias coaligadas.

¿Conocía el corso al francés, cuando lo calificó de tradicionalista en el fondo y poco firme en los reveses? Creó la Legión de Honor: una Orden para ganar amigos.

Seis reyes salen del costado del Emperador: José, Rey de Roma; Luis, Rey de Holanda; Jerónimo, Rey de Westfalia; Murat, Rey de Nápoles, y su hijo, Rey de Roma, que no llega a reinar, y Bernardotte, Rey de Suecia. Un día se conspira contra él. ¿Quiénes dirigen la conspiración? Su cuñado Murat, el Gran Canciller Talleyrand y Fouché, encargado de la seguridad pública. Otro día se bate contra el enemigo: frente a sus tropas hay tres cuerpos de ejército, dos mandados por antiguos generales suyos: Mureau y Bernardotte, concuño de su hermano José.

Almuerzo en Dantzig. Murat, Berthier, Rapp, aguiluchos terribles de Auterlitz, son los comensales.

—Rapp ¿qué distancia hay de aquí a Cadiz?

—Mucha, Sire.

—Ya veo—contesta Napoleón—que mis grandes auxiliares han perdido su coraje. Murat, Rey de Nápoles, no sale de su castillo; Berthier quiere cazar en Gros-Bois, y Rapp habitar en su soberbio hotel de París. La opulencia los ha reblandecido.

En vísperas de la primera abdicación se llama a los hombres de confianza para dar un golpe decisivo.

—Que venga Marmont, mi viejo compañero de armas.

—No aparece, Sire.

—Entonces, Ney. (Silencio).

—Mac Donald, Oudinot, Lefevre...

Todos le proponen que abdique. Esto es lo más conveniente. Hasta Berthier, su *bull-dog*, se decide por esta medida. ¿Para qué pelear más, si están ricos?

Regresa inesperadamente... Han bastado cien días para que Massena sirva a los Borbones, Ney ofrezca pasarlo en jaula de hierro (Ney, por cuya salvación en la retirada de Rusia había ofrecido Bonaparte, creyéndolo perdido, trescientos millones de

francos) y Oudinot, Marmont, Augereau, Rapp y Berthier se pasan al campo contrario.

Waterloo. Lo acompañan Bertrand y Gourgaud a Santa Elena. Los otros pronto le olvidan o lo difaman. Su hermano Luis escribe un libelo contra él; el venal Bourrienne publica un libro indiscreto. Carolina le pide dinero. Luciano se recarga los dedos de sortijas. Hortensia y Paulina cultivan sus aficiones teatrales como en la Malmaison. Marie Walewska ha enviudado y se ha casado con un gentilhomme francés.

En el exilio las disputas se suceden a su alrededor. A las crueldades de Hudson Lowe se unen las desconsideraciones de sus acompañantes. Semanas antes de su muerte lo abandonan el *capellán* y cuatro sirvientes, dos más se enferman y otros dos anuncian su partida. Montholón cede a los ruegos de su mujer, que siente la nostalgia de Francia. Bertrand se halla a punto de reunirse con su familia.

—Marchand—le dice Napoleón a su *valet* de chambre—, si esto continúa, pronto no habremos aquí más que tú y yo; tú seguirás cuidándome y serás el que me cierre los ojos.

El testamento detiene la desbandada. Montholón y Marchand son los ejecutores testamentarios; el primero hereda dos millones, y medio millón el segundo. Bertrand hereda otro medio. Sus generales, amigos y sirvientes son también recompensados con largueza.

Marchand, el *valet*, es la única persona de la *suite* a quien Napoleón honra con el título de amigo. Marchand es corso, como Antomarchi, su último médico.

Así muere el emperador de los franceses, el árbitro de los destinos del mundo, con un solo amigo a su cabecera. Y ese amigo... es su criado.

A LA SOMBRA DEL CEDRO

Se han economizado lágrimas con la muerte de Clemenceau. Las ha evitado él con su disposición póstuma rechazando todo honor oficial y las ha ahorrado la prensa concretándose casi a publicar los datos biográficos del gran viejo y a perdonarle con una piedad superior sus errores y defectos.

Cuando Foch murió, los periódicos lloraron tinta varios días. Los funerales fueron principescos; una verdadera apoteosis.

Foch ostentaba el bastón de mariscal de Francia—hombre de guerra—. Clemenceau sólo era últimamente un simple ciudadano—hombre civil—. Los pueblos, aunque son la carne de cañón, admiran y respetan más los atributos bélicos que las virtudes civiles.

Sin Clemenceau no hubiera Foch ganado

la guerra. Es posible que invertidos los términos, Foch estadista, no hubiera contado con Clemenceau estratega. Pasiones humanas. Foch era, por encima de todo, católico; católico militante, católico que confiesa, que comulga. Clemenceau era librepensador; su único fanatismo era el patriótico. Sus pensamientos, sus sentimientos, su acción política parlamentaria, su acción periodística, su acción personal, estaban íntimamente subordinadas a los intereses de Francia; por lo cual, si era preciso buscar a un mahometano francés para un cargo de responsabilidad en un instante determinado, dejaba a un lado la exégesis y llamaba al individuo.

Tal ocurrió con Foch cuando Clemenceau se encargó de la cartera de Guerra y cubrió la dirección de la Escuela Superior, y cuando le confió, años después, el mando supremo de los Ejércitos aliados.

En Francia, la tradición pesa mucho. La república no está más que en la superficie; el régimen se mantiene por el recuerdo de 1789; pero el espíritu de clase, el amor a los

títulos nobiliarios y a las condecoraciones delatan todavía lo borbónico y lo orleanista. Quizás el mayor acierto de Napoleón fuera fabricarse una corona y una corte.

No digo que aspiren a la creación de una república aristocrática semejante a la Venecia de los dux; mas es indudable que sostienen en el Poder, social y político, a una especie de oligarquía, compuesta de antiguos nobles, de militares y de burgueses amillonados, cubiertos todos por el palio católico.

Para reafirmar esa preponderancia, tal oligarquía cuenta con la banca y con las franquicias electorales, que permiten al mismo ciudadano desempeñar varios cargos electivos a la vez. Herriot, por ejemplo, ha sido a un tiempo alcalde de Lyon, diputado, ministro y jefe del Gabinete. Todos los ministros son senadores, y los hay que además son diputados. Contra ese bloque perpetuo es inútil ejercitar los medios de que dispone la democracia en los Estados Unidos, póngase por caso.

Es el sistema. Pero es también la tradi-

ción conservadora. Lo que no se tolera es la dictadura. Monarca lo fué Bonaparte, lo fueron Luis Napoleón y Luis Felipe. Dictador, Thiers, en circunstancias críticas; Clemenceau, en la inminencia del desastre, y no se les perdona.

Militares, católicos, burgueses, tributaron honores excepcionales a uno de los suyos. Clemenceau no contaba con ellos.

Para él sólo existía un valor jerárquico: la patria. Por la patria corría a las trincheras a los setenta y siete años y se presentaba todos los días en el Congreso con el traje cubierto del polvo de la Champaña. Por la patria fusilaba. Por la patria llegaba a veces a cometer injusticias. Por la patria puso a Foch en el sitio que necesitaba de su capacidad.

Pero Clemenceau había estado medio siglo en la barricada coleccionando enemigos. *L'Homme Enchaîné* era, más que el prisionero, el flagelo implacable. Nadie se sentía seguro frente al arco del sagitario frenético.

Sus juicios, por otra parte, eran lapidarios, por lo elocuentes y porque aplastaban.

Cierta vez le preguntaron qué concepto tenía de Kitchener.

—Que es un símbolo—contestó—; y un símbolo es el hombre de quien algunas personas creen todavía lo que jamás fué verdad.

A Viviani, tribuno que no cedía la palabra a nadie, lo ridiculizó con una sola frase:

—El ha hablado; él habla; él hablará.

Y el momento era de acción. Viviani cayó. Cayeron todos los teorizantes y los derrotistas. ¿Qué haría el Gobierno con los que hablasen de una paz sin Alsacia y Lorena?

—¿Qué haría con el que advocase una paz alemana? Lo fusilaría decentemente (como a Bolo Bajá).

Había que pelear, había que ganar la guerra. Y si en Francia quedaba alguna oposición, la oposición era él. Sólo él.

Clemenceau vivía en una época que ya no era la suya; quedaba como ejemplar de una generación demasiado lejana. Su excesiva

grandeza abrumaba a los otros. Por eso lo aislaron como a un maníaco peligroso.

Ni enterrado, devolviéndose a la naturaleza, por las raíces de un hermoso cedro a cuya sombra solía tenderse, se creen seguros sus enemigos.

Aún queda un libro, su testamento político, que si no derriba a ningún falso prestigio, es porque su voz no es de estos tiempos y la invasión alemana ya no hace temblar a los héroes de París.

El autor del *Grand Pan* fué enterrado en la campiña, de noche, en medio de una tempestad. Apoteosis digna de quien tuvo el relámpago en la idea y el trueno en la palabra, y fué, él mismo, la tempestad hecha hombre.



Clemenceau y Fallières sonrían... (¡Buen tiempo!)

CLEMENCEAU ANECDOTICO

Las *vidas romanceadas* concluirán por sustituir a la novela y a la biografía.

Sin ser una cosa ni la otra, el personaje gana en relieve y en calor de humanidad. André Maurois es un maestro del género. Emil Ludwig y Stefan Sweig lo son a la manera reporteril.

Ahora las librerías lanzan un *Clemenceau anecdótico* de agradable sabor íntimo.

Si *El Tigre* estuviera vivo acogería con un brusco encogimiento de hombros de los suyos, muy jacobino, este afán anecdótico de los que quieren darse por bien enterados de sus cosas.

Menos mal que todos están animados del mismo deseo gorificador, desde Lloyd George hasta la sombrerera que creó el bonete

característico, mitad gorra de estudiante universitario de la época de Luis décimocuarto, mitad casquete de *poilu*. De la anécdota y el epigrama no hay muerto ilustre que se salve en Francia.

La sombrerera, que admiraba al entonces *Premier* y conocía la aversión de éste al sombrero—que encontraba pesado y rígido, por fino y ligero que fuese el fieltro—concibió un modelo suave, cómodo, de abrigo, propio para los correteos por *el frente*.

Clemenceau quedó encantado del *calotte*, y encargó seis. Meses más tarde la sombrerera le presentó a doce huérfanos para que los hiciera inscribir en una escuela de artes aplicadas.

—Son muchos—dijo *El Tigre*;—me salen a dos por sombrero; pero lo vale el lujo de haber lanzado una moda.

Cuéntase que las rebeldías de Clemenceau contra el Imperio nacieron el día en que vió a su padre esposado por los gendarmes de Napoleón III.

—Yo te vengaré—dijo el muchacho.

—Pues si vas a vengarme, trabaja—replió el padre.

También el padre, médico y panteísta como él, hízole prometer que lo haría enterrar de pie, bajo la sombra de un árbol de la floresta, y que, llegado el día, iría a descansar a su lado.

La promesa se ha cumplido.

El chauffeur, a su servicio desde hacía muchos años, conocía el lugar exacto en que debía ser enterrado su patrón y las medidas que habrían de tomarse para que las raíces del cedro funerario no fuesen cortadas y pudiesen nutrirse de los jugos de su cuerpo en descomposición.

Clemenceau no hacía migas con el clero; no era hombre de fe religiosa. Pero desde hacía largo tiempo lo cuidaba una hermana de la Caridad. Cierta día, estando muy grave por las heridas que había recibido en el atentado de 1919, llamó a la enfermera y le dijo:

—Dígame, sor Theoneste, ¿qué ruido es ese que no cesa un minuto?

—Son vuestros amigos y parientes que hablan en la pieza inmediata.

—Lo estoy viendo—gruñó el viejo *Tigre*; —hay uno, sentado en la esquina de la mesa, que habla, y todos los otros que quieren hacer tanto escándalo como él. Hágame el favor de decirles que me dejen un poco tranquilo.

La religiosa obedeció. Apenas regresó, Clemenceau expresó su seguridad de que la escena se repetiría cuando muriese; el mismo ruido, el mismo charlatán y el mismo auditorio ajeno a la tragedia.

—Prométame, sor Theoneste, hacer lo que ha hecho hoy, y sobre todo, no ponerme el crucifijo sobre el vientre.

La monja prometió. Pero algún tiempo después, estando Clemenceau en una casa de salud, aprovechó la presencia de la superiora de su enfermera para elogiarla.

—¡Figúrese que me ha prometido no ponerme el crucifijo sobre el vientre el día que me muera!

—¡Cómo!—exclamó la superiora,—¿us-

ted ha prometido eso al señor Presidente, sor Theoneste?

La pobre monja enrojeció y quiso excusarse.

—¡Ay, ay!—intervino Clemenceau—; ya usted está renegando, Sor; es triste; no puede uno tener confianza ni en la palabra de los santos.

Poincaré y él no lograron identificarse nunca. A Tardieu, que era uno de sus amigos más queridos, le prohibió las visitas desde que supo que no combatía, por compromiso con Poincaré, la política de Locarno como había prometido a sus electores.

No perdía ocasión de ridiculizar al ex premier.

—Vean cómo cambian las cosas; a Poincaré han tenido que hacerle en dos tiempos la operación que a mí me han hecho en uno solo.

Otra vez, durante las bodas de un sobrino segundo suyo, vió en la pared de la Alcaldía el retrato de Poincaré:

—¡Ah! Lo conozco; es el retrato de la Dubarry.

Maujan, subsecretario de Estado, le exponía con gran interés los méritos de un sujeto que solicitaba autorización para una rifa *benéfica*.

—Estoy al tanto de todo; me han ofrecido 200,000 francos. Dígame, Maujan, en confianza: ¿a usted le han ofrecido menos?

Otra recomendación calurosa fué la que le hicieron de un candidato a una plaza del Ministerio del Interior. Los títulos del aspirante eran escasos. Este, de pie frente al buró de Clemenceau, esperaba con impaciencia la respuesta. De pronto el presidente del Consejo se levanta y le dice:

—Y bien, usted puede alabarse de tener una cabeza sucia. (Poca suerte.)

—Señor Presidente—respondió el aludido—, usted habla como un espejo.

La réplica viva y enérgica le hizo gracia a Clemenceau, el cual le extendió el nombramiento.

Le recomendaba un amigo que eliminase del Gabinete a cierto ministro.

—Créame, no es un águila ese sujeto.

Clemenceau le objeta en el acto:

—No han sido siempre las águilas las que han salvado el Capitolio. También lo han salvado los gansos.

A un coronel que andaba por París perdiendo el tiempo, le impuso treinta días de arresto.

—¿Por qué, señor Presidente?

—Por nada; por hacerle sentir mi potencia.

El Tigre llegaba del frente.

Mientras fué presidente del Consejo cazaba en el Rambouillet. Una mañana salió con el guardabosque en busca de faisanes. Inesperadamente aleteó sobre su cabeza una bandada de estorninos.

—¿Qué pájaros son esos?

—Estorninos, señor Presidente.

—¡Oh! La bella mayoría.

Su hijo Miguel sufrió con frecuencia la rudeza del misántropo. No quería que fue-

se funcionario para evitar suspicacias, ni que se dedicase a los negocios para que no se atribuyeran sus éxitos personales a la influencia paterna. Miguel tuvo que irse de su lado. No se reconciliaron sino en la guerra. *El Tigre* tuvo un día que condecorar a un soldado que se arrojó a sus brazos y era su hijo. Desde entonces las relaciones de ambos fueron tiernísimas.

Aquel carácter tan agrio y rudo con los hombres fué de un respeto y una cortesía extraordinaria con las mujeres, sea cual fuese su condición social. Y se asegura que en un banquete oficial le hicieron el vacío a un ministro que acababa de hacer un matrimonio escandaloso. Nadie se aproximaba a la pareja, aislada en un rincón de la sala. En el momento de ir a la mesa, Clemenceau fué en busca de la señora repudiada y le ofreció el brazo.

El gesto equivalió a una rehabilitación. Sin embargo, era antifeminista. Dividía a la Humanidad en dos grupos: los que hablan por decir algo y los que hablan para no decir

nada. En este grupo incluía a las mujeres.

Clemenceau amaba sobre todos sus amores al solar vendeano. En él nacieron y vivieron varias generaciones de los suyos; allí se formó su carácter y allí encontró siempre las voces familiares que le infundieron aliento y coraje en los días menos afortunados.

Véanse con qué devoción habla de la Vendée en esta página de un discurso pronunciado en 1906:

“Yo he visto algo del mundo. Ningún espectáculo regional y humano, ninguna gracia de la tierra, ningún esplendor del cielo, ningún campo de más grandeza histórica ha podido mermar en mi corazón el amor al país natal. Su encanto me ha embrujado, se ha apoderado de mí. Hijo del bosque, he sido fiel a nuestra buena tierra. ¿Cómo podía olvidar nuestra ondulante llanura, donde se mecen las doradas espigas; nuestros pantanos, todos de hierbas, de pájaros salvajes, de rebaños enfangados, en que el bastón de salto del pastor me ha hecho caer en

las pérfidas aguas y explorar sus profundidades más de una vez a mi pesar; nuestro yermo, en fin, nuestro caro yermo de granito con sus barrancos, sus aguas, sus dulces valles aislados del mundo que domina el monte de las Alondras, desde el cual se descubren las torres de Nantes y los faros de la Rochela y la Isla de Re?"

Y explica su psicología, su agresividad, su temperamento combativo, a través del hecho histórico, en esta forma:

"Sin duda —dice—, nosotros queremos conservar la Francia, toda la Francia, pero queremos ser franceses con todos los rasgos de una individualidad regional que nos es cara. Todas las bellas cualidades que determinan la originalidad de nuestro carácter, yo no las reclamo para mí mismo; pero, ¿cómo negar que debo quizás a ciertas tendencias del carácter vendeano las mayores enemistades que he podido recoger en mi camino; el instinto de independencia, la libertad de crítica, la obstinación testaruda, la combatividad? Aquellos que nos agravian

censurándonos las cualidades que hemos tenido que ejercitar contra toda clase de opresores, ignoran tal vez que gracias a nuestro temperamento combativo fuimos con nuestros primos los bretones los últimos batallones cerrados de celtas y galos que hicimos frente a la vez contra las milicias de Roma y contra las hordas de Germania; antes derrotados, jamás sometidos, no hemos descansado en la lucha contra las invasiones por mar como lo atestiguan todos los monumentos de la costa. Fué en nuestra tierra donde se detuvo la invasión de los moros. Nuestra vida fué de luchas contra el invasor; no hay mejores franceses que nosotros; y quienes lo ignoran, ignoran también que nuestro *patois* es la bella juventud de la robusta y fecunda *lengua de oil*, la lengua liberatriz de Rabelais. Armoricanos y vendeanos, nosotros somos la más pura sangre de los galos, los hijos de aquellos que no capitularon nunca ante el César.”

Sólo un hombre animado por tan noble orgullo de sus orígenes, capaz de sentir en sí

con tal potencia la voz de sus ancestros, podía ser en una hora de abjuraciones y derrotismos el organizador de la defensa le su patria y merecer el título de *Padre de la Victoria* que le han otorgado sus paisanos.

Sólo que este *Père la Victoire* los abofetea con sus *boutades* y evita sus honores póstumos y tardíos. Su magnífica sencillez ha preferido el homenaje de los campesinos de su región, que todavía pasan silenciosos por frente al cedro de Mouchamps.

LYAUTEY *EL AFRICANO*

Los franceses le llaman Lyautey *el Africano* por su gran obra colonial en Marruecos. Yo no voy a discutirla desde el punto de vista de su imperialismo. Me concreto a recordar algunos rasgos de la personalidad del colonista.

Descendía Lyautey de una familia de Besanzón, cuyo tronco había sido Pierre Lyautey, *ordenador en jefe* de los ejércitos del Imperio. Tuvo tres hijos, los tres generales. Uno de ellos, Justo, fué el padre de Hubert Lyautey. Nació éste en Nancy, tres o cuatro años después de la primera mitad del siglo pasado.

La familia era legitimista y católica a machamartillo. Lyautey se crió con las mujeres de la casa, las más conservadoras; reco-

gió su intransigencia religiosa y política, y también el amor a la magnificencia de los grandes salones. Un día, en una comida de familia para celebrar los noventa y dos años de la abuela, concurrieron sus sesenta descendientes en línea recta. “Hijos míos—dijo la anciana realista,—doy gracias a Dios de que entre ustedes, siendo tantos y tan distintos, no haya un solo republicano.”

En el liceo de Nancy, Lyautey fué, por consiguiente, realista. En un manifiesto que lanzó su grupo, explicaba por qué se abrazaban al legitimismo. “No podemos ser bonapartistas a causa del asesinato del duque de Enghien. No podemos ser orleanistas a causa del asesinato de Luis XVI. No podemos ser republicanos porque ningún hombre honrado puede pertenecer a ese partido. Nosotros no podemos, pues, ser más que legitimistas.”

Fué alumno de Saint-Cyr. Argelia. Capitán. Regresó a Francia. Pide licencia de varios meses para visitar al papa León XIII y al conde de Chambord, el pretendiente, sus

dos polos ideológicos. Pero el papa se revela poeta, socialista y republicano, y Lyautey regresa bastante convertido y reconciliado con la democracia.

Sacó de los italianos la impresión de que eran amantes de la *combinazione*: el marido es *negro*, la mujer *blanca* y el hijo *gris*. “Esta actitud acomodaticia—concluye—derrota nuestros absolutismos.”

Su primer artículo revolucionario apareció en la *Revue des Deux Mondes* bajo el título de *Papel social de los oficiales*. A su juicio había un cuadro. Ese cuadro debía responder a una acción social y la generación suya debía tener conciencia de la tarea que estaba llamada a cumplir.

Le cayeron encima y como una salida lo mandaron a la Indochina, con la esperanza de anularlo o que lo mataran las fiebres. El orden de las posesiones inglesas le sorprendió. Cuando niño, jugaba a *los países*, trazando proyectos de calles y rutas en la arena del jardín de su casa. Con el tiempo su preocupación fué hacer ciudades.

Saigón. Contacto con el gobernador general. En un viaje a Saigón a Hanoi, ambos congenian y formulan una doctrina colonial común: "En todo país hay clases. El gran error de los pueblos europeos que van a conquistar al Asia, es destruir esas clases. El país, privado de su armazón, cae en la anarquía. Es preciso gobernar con el mandarín y no contra el mandarín. El europeo, escaso en número, no puede sustituir, sino controlar".

Sin embargo, en gran parte de los oficiales subalternos latía el sentimiento republicano y decían que sostener la casta de los mandarines equivalía a negar la tradición francesa, que era la de liberar a los pueblos oprimidos.

En Indochina se tropezó con Gallieni, que fué para él un maestro. Gallieni entendía que no bastaban los éxitos militares; eran indispensables los trabajos de organización colonial: caminos, telégrafos, ferrocarriles, agricultura, de manera que con la penetración se abriera una zona de progreso que

avanzara incesantemente como una mancha de aceite.

Un día, en un almuerzo, Gallieni, que se mostraba entusiasmado con las teorías de Lyautey, le preguntó:

—Traerá usted la última documentación en materia de milicia colonial, ¿no es eso?

—Ciertamente, mi coronel.

Lyautey pide permiso para traer sus papeleras y reaparece en seguida con un cartapacio de mapas, proyectos, libretas, agendas del Estado Mayor, textos de táctica de la Escuela de Guerra, memorias y folletos sobre el servicio en campaña.

—Usted me enseñará todo eso después de comer.

Después de comer, Gallieni hizo un rollo con la preciosa documentación de su subalterno y le dijo:

—Esos breviaros no servirán más que para embrollarlo a usted. Es sobre el terreno, manejando hombres y cosas, como se aprende nuestro oficio.

Lyautey no olvidó la lección cuando le tocó aplicarla.

Gallieni le enseñó otras cosas útiles. El expeditivo coronel hacía un año que estaba pidiendo un crédito para construir unos depósitos con destino a los víveres. De París no le contestaban. En la frontera china se jugaba. Gallieni creó un impuesto sobre el juego y edificó los depósitos. Una mañana el director de la intendencia le comunicó que en un plazo no mayor de seis meses le entregarían la suma solicitada: un millón de francos. Le contestó en la forma que es de suponerse. Entonces, de la intendencia le replicaron que hubiera sido preferible perder un millón en provisiones antes que recurrir a medios irregulares. Pero se guardaron el millón.

Eran tiempos de piratas, de sucuestros y fechorías, muy parecidos a los nuestros. Lyautey hizo su primer viaje al interior de Indochina. Gallieni le dió su opinión: "La piratería no es un hecho histórico fatal; es

la resultante de un estado económico; se le puede combatir con la prosperidad”.

Lyautey tuvo éxito y rindió el siguiente informe, muy de acuerdo con el criterio de su jefe: “Conviene no perder de vista que el pirata (hoy diríamos gangster) es una planta que no nace más que en ciertos medios y que el método más seguro para exterminarlo es hacerle el terreno refractario. No hay bandidos en los países perfectamente organizados; en cambio, donde hay una desorganización administrativa y una población desorientada y rebelde, el bandolerismo es un estado casi normal”.

Y luego añadía: “Cuando se quiere cultivar unas tierras invadidas por la mala hierba, no es necesario arrancarla, con riesgo de que renazca; lo que hace falta, después de haber arado, es aislar el terreno conquistado. De igual manera la tierra librada de piratería, con o sin combate, no se conserva, sino estableciendo una zona de garantía y de reconstrucción, de trabajo y buen gobierno.

Con ese grano el terreno se hace refractario al bandolerismo”.

Lyautey fué ascendido y destinado a Madagascar. Gallieni fungía de Residente general. Había destronado a la pobre reina de los hovas, Ranavalo, fusilado a sus ministros y tratado de organizar a las razas vasallas contra la aristocracia indígena que se rebelaba frente a la dominación francesa.

El ministro de las Colonias le había puesto un telegrama al gobernador general de Indochina: “Si lo estima conveniente, envíe a Madagascar al comandante Lyautey, pedido por Gallieni”.

Respuesta del gobernador general al ministro: “Tengo absoluta necesidad de Lyautey hasta enero. ¿Puede Gallieni reservarle el puesto hasta esa fecha?”

Contestación de Gallieni: “Guardaré el puesto a Lyautey hasta marzo”.

Gallieni recibió a su auxiliar con una nueva teoría. “Lo esencial—le dijo—es saber lo que se quiere y a dónde se va. Y eso, yo lo sé: hacer prevalecer sobre todos los otros

el deber social, el deber de salvar a este país de la descomposición y la ruina. No por un cambio de fórmulas constitucionales, remedio empírico y pasajero, sino por una violenta reacción en las costumbres, las energías y las inquietudes colectivas.”

Lyautey salió a pelear o a atraerse al jefe insurgente, antiguo gobernador de la isla.

Nada de operaciones con columnas o guerrillas convergentes, ni castigos a los aldeanos, ni ninguno de los métodos coloniales desacreditados y brutales. Empezó por dar ocupación a los aliados de los fugitivos y poblar y cultivar sus tierras. A los veinte días había trabajado ochocientos campesinos en la zona insurreccionada. Al mes el jefe rebelde se rendía. Los tiradores argelinos, los melgaches y los senegaleses formaban dos filas. Los insurrectos llegaron a caballo con Rabezavana a la cabeza. Echaron pie a tierra, depositaron sus fusiles en el suelo formando un montón y se prosternaron a los pies de Lyautey. El jefe se quitó una sortija de coral y se la entregó en

señal de sumisión. Lyautey tomó la sortija y se la puso.

Al día siguiente los prisioneros esperaban la muerte o el destierro. El vencedor los perdonó y los invitó a trabajar. Rabezavana aceptó un almuerzo con Lyautey. Se descorchó una botella de champaña. Y convinieron en hacer juntos una excursión por el interior del país.

Montesquieu señala en este pasaje los métodos de Alejandro, que siguió Lyautey: "Alejandro resistía a los que querían que tratara a los griegos como a esclavos. No dejaba solamente las costumbres a los pueblos vencidos: les dejaba sus leyes civiles, y con frecuencia hasta los reyes y los gobernadores que habían escogido. Conservaba las antiguas tradiciones. Para conquistarlo todo, lo respetaba todo".

Vuelve a Francia con Gallieni y sale poco después para Argelia. Lo ascienden a coronel en 1902. Al año siguiente es que comienza su verdadera carrera "africana". Su penetración pacífica y diplomática no se

interrumpe un solo momento. Con extraordinaria habilidad se capta la amistad de las kabilas más levantiscas. Marruecos es un rompecabezas en que mandan y se hacen la guerra tribus árabes y bereberes, nómadas y sedentarios que no oyen más que a sus marabuts. Hay zonas que obedecen y tributan al maghzen y otras que no reconocen su autoridad. Al fondo del desierto están los ksars o pueblos fortificados con casas de varios pisos, cafés, calles cubiertas con telas para dulcificar la temperatura; mercados, tiendas y sitios de placer; todo lo indispensable al nómada, que es una especie de marino en tierra, que toma revancha fácil y grosera de sus largas abstinencias. En esos ksars se metió poco a poco Lyautey. Y luego, en el palacio imperial.

Desde entonces el sultán no es más que un pupilo del Residente general. Los que se levantaron, cayeron. El Rogui y Abd-el-Krim entre otros. Llega la guerra. Lyautey tiene que dejar el Africa y aceptar la cartera más espinosa. Hasta que la pone en

mano de Painlevé, y vuelve a sus dominios. Nombra al nuevo sultán. Construye a Casablanca o la moderniza al punto que es una sucursal de Europa en Marruecos; mejora los puertos, fomenta empresas de utilidad pública; estimula las energías económicas, tira líneas de ferrocarril; termina las luchas intestinas de las tribus y le da unidad al país.

Francia, es cierto, le había concedido plenos poderes. Lyautey era el verdadero sultán de Marruecos, hasta por el boato que lo rodeaba en la Residencia. Escogía a sus funcionarios, disponía de créditos que aplicaba libremente, aceptaba o rechazaba planos y proyectos.

Vaya una anécdota. Era en 1916. Se trataba de construir un hospital. Sobre una mesa había cinco planos diferentes. Alrededor se agolpaban médicos, arquitectos, oficiales de ingenieros, muchas condecoraciones y entorchados. Como cada cual arrimaba la brasa a su sardina a los pocos minutos nadie se entendía en medio de un horrible

barullo. Lyautey, que hasta aquel momento no había dicho una palabra, se volvió hacia un joven zuavo de mirada inteligente, y le dijo:

—Usted, que es arquitecto, ¿puede indicarme cuál es el mejor?

—Este, mi general.

Entonces Lyautey tomó un grueso lápiz rojo y escribió sobre el plano con grandes letras: "Aceptado. LYAUTEY".

En 1920 ingresó en la Academia Francesa. Su última gran obra fué la Exposición Colonial del bosque Vincennes: un resumen de los progresos coloniales de Francia y un pretexto de identificación de las colonias con la metrópoli.

Pasó sus últimos años en un pueblecito de Lorena, en lo alto de la Colina de Sion. *Monsieur le Marechal* ha muerto como se había propuesto. "Yo moriré —decía repitiendo una frase de Montelembert— católico penitente y liberal impenitente."

Ha pasado a la posteridad con el nombre de *Lyautey el Africano*.



Media noche. **Plaza de la Concordia.**

PARIS BARRICADISTA

El barricadismo de los parienses me llena de regocijo. No es que desee para Francia disturbios que quiebran el ritmo de este pueblo admirable, sino que, por el contrario, esas explosiones de cólera popular revelan que está todavía intacta el alma revolucionaria de quienes destruyeron la Bastilla y proclamaron los *Derechos del Hombre*.

Mientras el pueblo de París se bata en las calles por los principios, la libertad no se habrá eclipsado totalmente en el mundo.

Está muy bien que los arrabales vuelvan, como en los buenos días de 1789 a la Plaza de la Concordia y derramen un poco de sangre luchando contra la fuerza pública. Está bien que resuene en los bulevares el grito subversivo de los jacobinos y que los

puños amenazadores se dirijan contra el gobierno. Un pueblo que se indigna porque lo engañen, lo estafen, lo trasquilan como a un cordero y encima lo lleven a la guerra, puede todavía ser un campeón del derecho.

La barricada es una tradición de París.

La mística revolucionaria simbolizó en la barricada el espíritu de la protesta popular. Cuando Desmoulins arenga a la multitud junto al Palais Royal y coloca una hoja de castaño en su sombrero, expresa el sentimiento barricadista del pueblo de París. El 14 de julio fué, en su esencia, barricadista. *Los Tres Gloriosos* (27, 28 y 29 de julio de 1930) que hicieron abdicar a Carlos X, fueron jornadas barricadistas. La Revolución de febrero de 1848 fué también barricadista, de combate callejeros y motines populares. *¡Pan o plomo, plomo o trabajo!*, gritaban las turbas frente al general Cavaignac en los *faubourgs* de Saint Antoine y el Temple; revuelta anónima, sin jefes ni programas. Arago quiso ser me-

diador. Un obrero le salió al paso a sus proposiciones de sometimiento: *¡Ah, usted no ha tenido nunca hambre!*, exclamó. Tocqueville, Lamartine y Víctor Hugo declaran que fué una insurrección de la miseria y la desesperación. En 1871, la Comuna, las barricadas en la Rue Rivoli, los primeros soviets. Thiers lanza su fórmula famosa: *La República es el gobierno que nos divide menos*. Jornadas de mayo. Arden las Tullerías, el Palais Royal, el Hotel de Ville, los palacios de la Legión de Honor, del Consejo de Estado, del Tribunal de Cuentas y de Justicia, la Prefectura de Policía con los archivos de la Revolución. El Louvre, la Santa Capilla, el Panteón, la Biblioteca Nacional y el Luxemburgo se salvan de milagro. Rigault y Ferré masacran a los rehenes: el arzobispo de París, el abate Deguerry, el periodista republicano Chaudey, el magistrado Bonjean, los dominicos de Arcueil, jesuítas, curas, agentes de policía, el banquero Jecker. Los jefes de la Comuna caen a su vez. Primero Delezcluse se hace

matar en la barricada. Vermorel muere de las heridas. Rigault es fusilado. Las tropas, exacerbadas por un sol vertical y por el humo del incendio, matan sin piedad; las cortes marciales, instaladas en los cuarteles, ordenan ejecuciones en masas. El 29 de mayo los tricolores sustituyen a las banderas rojas en todos los edificios públicos de París.

Y ya hasta Boulanger no hay más asonadas. Pero Boulanger, general decorativo de café-concierto, esperanza de los revanchistas (el pueblo lo llamaba *el General Revancha*), se alía a los monárquicos, fracasa, huye con su amiga y termina suicidándose sobre la tumba de ésta, en el cementerio de un pueblecito belga.

La barricada fué siempre la anticipación de alguna reforma, de algún progreso social. En ella se batió el espíritu liberal contra la reacción, la república contra el realismo, la democracia contra el privilegio. De las barricadas de la Revolución nació la Primera República. *Los Tres Gloriosos*

produjeron a Luis Felipe. De la Revolución de Febrero salió la Segunda República, "*voluntad de un gran pueblo que no pide su título más que a sí mismo*", según decía el manifiesto de Lamartine, con el sufragio universal y los decretos de reforma. Las jornadas de junio dieron la Constitución de 1848. Las de mayo engendraron la Tercera República. Y *la Fronda de los Príncipes*, como se calificó el golpe frustrado de Boulanger, puso fin a las conspiraciones monárquicas.

Pero la Tercera República ha sufrido crisis muy serias a causa de una política parlamentaria mal orientada y a ratos de fondos oscuros. El *affaire de Panamá* fué uno de sus grandes escándalos. Más tarde el *affaire Dreyfus*. La Gran Guerra parecía haber purificado el ambiente político francés. Pero las estafas bancarias se han sucedido. Madame Hanau, Oustric, la Aeropostal, algunas quiebras más, y ahora el *affaire Stavisky*.

La copa estaba hasta los bordes y el es-

cándalo de Bayona la ha desbordado. Millones y millones del ahorro francés se han volatilizado entre las manos de estafadores de alto bordo protegidos por personajes influyentes de los ministerios y del parlamento. Para un Poincaré, de probidad insospechable, hay diez especuladores que se enriquecen con negocios impuros. Y el pueblo se ha cansado de burlas, ha recordado su disposición barricadista y se ha lanzado a la Plaza de la Concordia.

No creo que la agitación tenga derivaciones comunistas. El francés sigue siendo campesino y burgués. El ahorro, *la media de lana*, es una institución, mejor diría una religión nacional. La personalidad francesa no es moderna como la americana y la alemana; desde el siglo XVIII está formada. Francia sigue siendo el país del pequeño campesino, del pequeño rentista, del pequeño industrial, del artesano, del hombre económico y espiritualmente libre, incapaz de violentar sus costumbres ni sus métodos. El 54 por ciento de la población

es rural, mientras que en los Estados Unidos los es el 49 y en Inglaterra sólo el 20. Y de ocho millones y medio de agricultores franceses, cinco millones son sus propios patronos. Duhamel y Morand dicen que la mayoría de los franceses tienen el paisanaje a flor de piel. “Huerta, orgullo de nuestra clase media y obrera—exclama Paul Morand—y que sujeta a pesar del maquinismo, la Francia al suelo! La huerta con sus fresas y sus rábanos, es la patria francesa, son las colonias; como el golf, el tenis, son el ideal británico trasplantado. Terminado su trabajo, el mediano inglés va a jugar al fútbol; el mediano francés sigue campesino, va a su jardín”.

El francés es desconfiado y tiene como nadie noción de la medida; es egoísta dentro de la clase y siente sin embargo el espíritu de clase; materialista y desinteresado a la vez en su cultura, ama sobre todo la independencia apoyada en la propiedad. Es burgués hasta la médula. Gusta de la mesa con la sopa segura, de la casa bien

cuidada, del equilibrio en el presupuesto doméstico y del ahorro, que en él es una especie de instinto. Cuando el presupuesto de la nación tiene déficit, los presupuestos privados están perfectamente nivelados. Nadie se excede de sus medios.

André Siegfried lo define así: “Dicen que el francés es sociable, sí, pero por lo que se refiere al espíritu, a la conversación; mas, es solitario, a veces impenetrable cuando se trata de su familia, de sus negocios, de sus intereses. ¡No tiene confianza! No hay país en que se sienta uno eventualmente más solo que en ese medio francés donde todo el mundo es cortés, pero en que cada cual se atrinchera como en una fortaleza.”

El francés sabe que no cuenta con nadie y ahorra, prepara afanosamente el retiro, forma la dote de las hijas, adquiere el paño de tierra o el pequeño comercio o la casita, con el esfuerzo, con la fatiga, y no arriesga por ambición en aventuras a lo yanqui el dinero ganado y acumulado a fuerza de paciencia y sacrificio.

Y lo curioso es que siendo desconfiado, calculador en materia de matrimonio, calculador en materia de repoblación y tan opuesto a los cambios que no viaja ni se preocupa por lo que pasa fuera de su país, a pesar de sus reservas y preocupaciones, cada vez que un estafador se presenta en el ventanillo de un banco con papeles que prometen altos intereses y buenos dividendos, el confiado campesino francés y el celoso burgués francés caen en la trampa y son desvalijados.

Esa predisposición a dejarse estafar por avaricia, la explotan de un tiempo a esta parte los capitanes de industrias de París con la complicidad de algunos personajes políticos. Y el pueblo francés se ha cansado de que le roben impunemente, y se ha lanzado a la calle inflamado de cólera barricadista.

Ahora se pide algo más que los millones de francos estafados. Se pide moralización parlamentaria y administrativa. Se pide una inyección de honestidad para la Ter-

cera República. Y la habrá. O el pueblo empujado por sus ímpetus, correrá otra vez por los bulevares y penetrará como una tromba en la Cámara de Diputados.

Por lo pronto ha sido necesario tranquilizarlo con la sonrisa bonachona de Monsieur Doumerge ("Monsieur le Sourire", el señor Sonrisa). Retirado entre sus olivos, en el fondo de una provincia, el bondadoso *Gastounet* la dejado la paz de su huerta, pequeña patria y colonia del francés, como dice Siegfried, y ha tomado el tren de París. Sacha Stavisky ha muerto, misteriosamente. Han caído ministros. Ha corrido la sangre en los bulevares. Ha surgido la clásica barricada del pavimento de París. El campesino y el burgués, soportes de Francia, han salido a la defensa de sus intereses. La coraza de oro de los grandes banqueros empieza a ser menos invulnerable. Mal sea que detrás de la barricada aparezca la guillotina en la Plaza de la Concordia. El ahorro francés es sagrado.

VUELO DE AGUILAS

París ha recibido en triunfo a Coste y a Bellonte. Pero no un triunfo oficial, con banderas y *Marsellesa* solamente, sino en toda regla, y hasta fuera de regla si se quiere, a la manera romana, con honores de apotheosis, como no los había alcanzado ningún hombre civil en Francia desde el 27 de febrero de 1881.

Ese hombre, especie de aviador de su época que batía todos los *records* de altura y de distancia transportado por un *Punto de Interrogación* que era el Pegaso, se llamaba simplemente Víctor Hugo.

Ni aun el gran viejo fué objeto de tan extraordinario homenaje como lo han sido los ases de la *tour de amitié*, porque ni las escuelas vacaron entonces ni el gobierno

tomó otra iniciativa que enviarle un saludo por medio de Jules Ferry, presidente a la sazón del Consejo de Ministros; mientras que ahora...

Ahora París en masa ha ido al aerodromo de Le Bourget a darles la bienvenida a los pilotos, escoltados desde El Havre por una escuadra volante. Los edificios se engalanaron. Corrieron las fuentes. El presidente Dourmergue, rodeado de todos sus ministros, recibió en el palacio del Eliseo a los héroes para felicitarlos en nombre de la República. El Hotel de Ville construyó una tribuna especial para sus hijos predilectos. Y por todo el trayecto, un río humano desbordado por plazas y calles, aclamó con delirio a los hermanos de Guynemer. Ni una sola quedó abierta. Los niños debían participar de aquella glorificación de los intrépidos aviadores.

La hazaña, sin duda, ha sido portentosa, aunque no tanto como la del muchachón yanqui, que sin motores tan perfectos como los del *Punto de Interrogación* ni una

preparación tan cuidadosa y prudente como la de Coste y Bellonte, solo, con la obsesión de superarse y superar a los otros, salvó el océano de un salto.

No todos los franceses se han unido al coro de los panegiristas. En este país de criterios independientes y de libre análisis ha habido valientes—porque se necesita serlo para aguarle un poco el vino a un pueblo frenético de alegría—que, sin desconocer la importancia que tiene para la aviación francesa el éxito de Coste y su compañero, lo reducen a un acontecimiento técnico, de orden mecánico, sin que justifique los honores excepcionales que se les han rendido.

Esos disconformes creen descubrir en la exageración oficial un secreto propósito de intimidar a los enemigos de la prosperidad francesa y de la paz europea. El viaje a América del *Punto de Interrogación* ha sido una discreta advertencia a los alemanes revanchistas y a los italianos descontentos; una maniobra espectacular de aviso

a la vez que de propaganda militarista. Aviso a los vecinos molestos, y propaganda para levantar la vocación aviatoria de la juventud, menos entusiasta de lo que se supone.

Supongamos que todo esto sean suspicacias de intelectuales contrarios a la guerra y que desnaturalice la verdadera intención del viaje intercontinental; ¿significa acaso que no tengan razón al lamentarse de que se olviden las tradiciones espiritualistas de Francia y se proclame la superioridad de la audacia sobre el talento y de la acción mecánica sobre la idea abstracta?

Es el triunfo del materialismo. Era de la fuerza la nuestra, sólo a la fuerza reverencia. Miles de pensadores y artistas viven en la oscuridad y la estrechez, numerosos sabios trabajan en bibliotecas y laboratorios en beneficio de la Humanidad. Casi nadie se ocupa de ellos. Apenas si se les dedican dos líneas necrológicas cuando desaparecen, quizás víctimas de sus propias

investigaciones o rendidos por la fatiga de un esfuerzo excesivo.

En cambio, ¡qué adoración se siente por el campeón de cualquier sector deportivo y con qué prodigalidad se premian sus proezas! Cada año se reparten millones de pesos entre boxeadores, futbolistas, toreros, ciclistas, pelotaris, estrellas de *base ball*. En tanto, los intelectuales viven royendo el mendrugo de empleos misérrimos.

¿Civilización? Sea; pero civilización materialista. Un buen puñetazo conmueve más al público que una bella idea. Un batazo de Babe Ruth tiene más repercusión mundial que el triunfo científico de M. Claude. Siglo de fuerza, no entiende otro lenguaje que el de los fuertes. He ahí por qué la *tour de amitié* ha sido un vuelo de águilas, en el más alto y sonoro sentido. De águilas caudales hacia allá y de águilas americanas hacia acá.

EMPERADOR EN SALMUERA

El príncipe de Etiopía ha estado unas semanas en París, y a propósito de esa visita la prensa ha tejido el comentario sobre las posibilidades futuras del salomónico imperio y de su famoso *rey de reyes*.

El ras Taffari debe estar reventando de orgullo. Mientras las bodas de la princesa Giovanna de Saboya y el rey Boris de Bulgaria se pierden en el fárrago de noticias, se le dedican informaciones por series a la coronación del *negus negusti*.

Ni Menelik fué objeto de tantos homenajes como lo ha sido su sucesor Haile Selassié rey de reyes, león de Judea, emperador de Etiopía y descendente en línea más o menos recta de Salomón y la reina Maqueda, de quien dijo el profeta en el *Cantar de los*

Cantares que tenía miel y leche bajo la lengua.

El duque de Gloucester, enviado de la altiva Britania; el príncipe Udine, embajador circunstancial de Italia; el mariscal Franchet d'Esperey y representantes de diez naciones más, atravesaron los desiertos y los bosques, en que todavía se cazan leones y elefantes por centenares, para asistir a las ceremonias de Addis Ababa.

Ya es honor y molestia. Honor de tener por huéspedes a los amos del Africa, que no necesitan de otro salvoconducto que las ametralladoras para meterse en cualquier región y adueñarse de ella, y que por esta vez se presentan con una cortesía y un respeto demasiado ostensibles para que no sean sospechosos. Y molestia de llevar a lomo de camellos lavabos, bañaderas y otros elementos de higiene indispensables para los occidentales.

El *Continente Tenebroso* de Stanley había de recibir en alguna ocasión el mensaje de amistad de los colonizadores europeos.

Pero, ¡cuántos trabajos ha pasado, el pobre *negus* para adecentar un poco la capital de su reino y producir buena impresión en sus visitantes. Fué preciso empedrar las calles, poner faroles, organizar el servicio de circulación para que automóviles y caravanas no se embotellaran y contratar cocineros, músicos y maestros de ceremonias para que los ilustres huéspedes se sintieran, hasta donde fuera posible, como en su casa.

Llegó la fecha de la coronación. El guerrero, amigo de la pompa, se hizo vestir como un emperador de Bizancio. La tiara, una tiara de un millón de libras esterlinas, era un deslumbramiento de esmeraldas y rubíes. Una Vía Láctea de diamantes centelleaba en su túnica y en la de sus altos dignatarios. El abuna, Su Beatitud Kyrios, envuelto hasta los pies en una dalmática resplandeciente de oro y perlas y seguido del enviado del patriarca de Alejandría, los arzobispos, los obispos y una legión de clérigos, ataviados con brillo y pintoricidad de

ópera, entonaban cánticos de alabanza bajo la cúpula de San Jorge.

Después de la ceremonia religiosa Taf-fari volvió a su palacio en la carroza del ex Kaiser, seguido de una guardia feroz como una trailla de *bull-dogs*. Luego inauguró la estatua colosal ecuestre de Menelik, guerrero indomable que acuchilló a la expedición de Barattieri e impidió la internacionalización de Abisinia; y por delante del monumento desfilaron los soldados del nuevo emperador, es decir, todos los súbditos de más de diez años.

—¿Qué tiempo dura el servicio de las armas en vuestro país?—le preguntaron una vez a Menelik.

—Lo que dure la vida—respondió el caudillo—; el fusil es la herencia más sagrada del abisinio.

Bella respuesta, sobre todo si se tiene en cuenta que los abisinios suelen tener huesos duros.

Robert Chauvelot contaba que dos campesinos, cansados de recabar justicia con-

tra un dignatario imperial, se dirigieron a Menelik y le explicaron su situación; pero como los dignatarios imperiales son la misma persona jurídica que el emperador, desconfiaban de que los atendiera. Sin embargo, sentóse Menelik en una piedra escuchó a los litigantes y falló contra sí mismo, inclinándose ante la justicia popular.

Esa humildad se trocaba en fiereza y altivez frente a las amenazas del conquistador extranjero. Quizás esto explique mejor que nada el tacto con que desde entonces tratan los colonizadores al abisinio. Al bey de Túnez lo pasean en las revistas militares, al joven sultán de Marruecos lo divierten en las playas de moda, y al resto de los reyezuelos se les elimina por la vía más rápida, como se hizo con el del Dahomey, el del Senegal y la infortunada Ranavalo, reina de Madagascar. Y con Kruger, el presidente de los boers.

Los abisinos son los únicos que se han librado hasta ahora de la garra europea; pero no sería extraño que un día de éstos

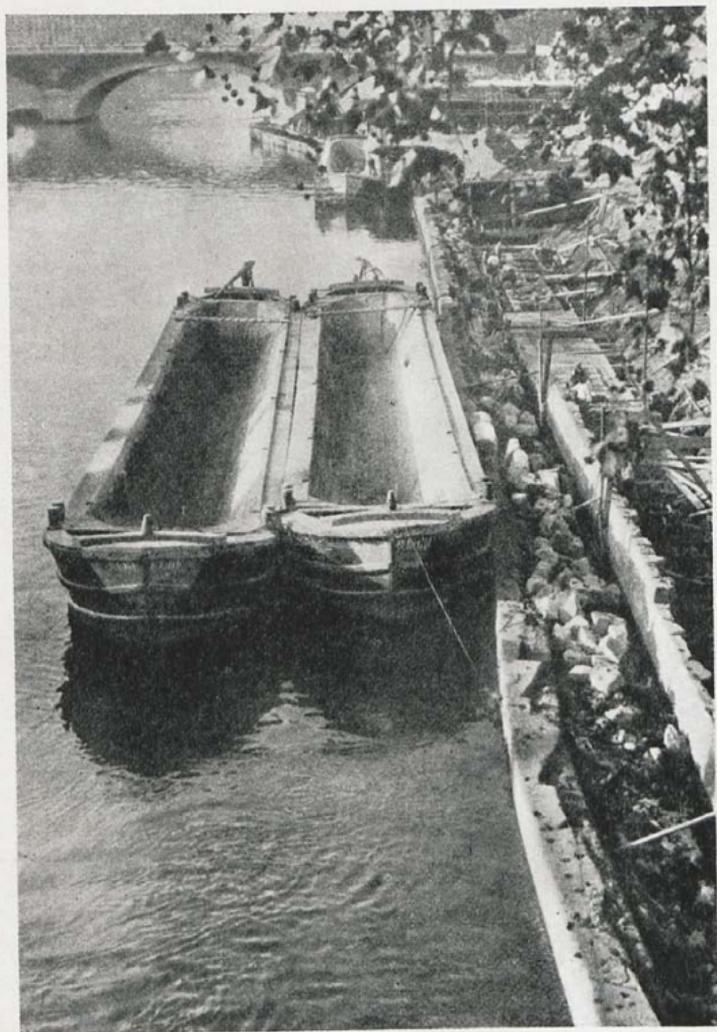
viéramos a S. M. Haile Selassie tirando en los cabarets de París las esmeraldas de su corona y cambiando por el frac la magnífica piel de león que ha sido el símbolo de la independencia de su casta.

Los casos del sha de Persia y de Amanullah, perdidos por exceso de occidentalismo, demuestran que la civilización administrada por Europa al Asia y al Africa es una droga que las enerva y degenera. Un maharajah de Kapurtala, de chaquet y chistera, es una caricatura ridícula del príncipe oriental tocado de turbante, cubierto de pedrería, hierático, con derecho de vida y muerte sobre millones de cabezas humanas. El mismo Aga Khan, tan mundano, tan caballista, con sus espejuelos de aros de concha, es fuera de su feudo una especie de vendedor de tapices al por mayor.

Taffari dejaría de ser un *ras* tan pronto se hiciera cliente de los sastres de Londres y exhibiera su barba semítica por los bulevares. No faltaría una rubia que le guiñara el ojo y pusiera un bastón decorativo en sus

manos de experto cazador de fieras. Pronto le tomaría el gusto a la cocina francesa, a los vinos franceses, a las seducciones del *savoir vivre* francés, y cuando despertara de su sueño de opio vería, ya tarde, que el mejor de sus amigos europeos le había invadido el territorio y enviado a un museo de antigüedades el trono de la milenaria dinastía salomónica.

Si los abisinios quieren conservar para el imberbe príncipe Afao Mossen el cetro fabricado en la rue de la Paix por encargo del vanidoso padre, no tienen más que un recurso: seguir siendo bárbaros. La mejor garantía de su independencia será el fusil bien cargado, aunque lo regale el propio John Bull.



Barcazas dormidas en el Sena.

EL RIO RAZONABLE

El Sena es siempre un espectáculo. Es el espejo de París; un espejo opaco y muy antiguo que ha visto muchas cosas. Todas las alegrías, todas las locuras, duelos y corajes de la ciudad se asoman al río por el mirador de los puentes.

No hay dos que se parezcan ni que por lo general conduzcan al mismo sitio. Cada uno tiene su historia, su arquitectura, su público y sus características. El de Alejandro III, monumental, todo bronce y dorado, lleno de esculturas emblemáticas y de farolas, recuerda que fué la escala tendida por la República al emperador de todas las Rusias para que entrase en la Entente Cordiale. El del Alma es el retrato del Segundo Imperio, ornamental, con algo de la coquetería de

Eugenia de Montijo y de la solemnidad de Luis Napoleón. El de Austerlitz y el de Iena cantan la gloria de Bonaparte en la corona de laurel que forma una circunferencia de piedra eternal alrededor de la N de los estribos, como el de Solferino evoca los mejores días del vencido de Sedán. El de Mirabeau, entre Auteuil y Grenelle, marca el paso de la monarquía a la Revolución. El de la Concordia, con la Cámara de Diputados de un lado y el obelisco de Lucqsr al otro, vió pasar la suntuosa carroza de Luis XV y caer bajo la guillotina la cabeza de Luis XVI, de María Antonieta, de Carlota Corday, de Dantón, de Robespierre, de Hebert, de los girondinos y de Felipe Igualdad, y en 1918 presenció el desbordamiento de las multitudes en delirio ante las estatuas alegóricas de Lila y Estrasburgo.

Y hacia la Isla de la Cité, cuna de París, se escalonan el Puente Real, el del Carrousel, el de las Artes, el Nuevo, que por curiosa paradoja es el más viejo, y el de la Tournelle y los otros de la Isla de San Luis,

hasta el Nacional, ya en Ivry, cerca de la confluencia del Marne.

Entre un puente y otro se alinean los muelles del gran puerto, del primer puerto de Francia, que es el Sena, y que, aunque más activo que Burdeos, que el Havre y que Marsella, desenvuelve su vida casi sin ruido, a cencerro tapado, con discreción muy parisiense. Las *peniches* se deslizan silenciosamente tiradas por unos remolcadores tan civiles que inclinan sus chimeneas al pasar por debajo de los puentes.

No se ven mástiles, ni faros guiñadores, ni semáforos; ni se oyen gritos de aviso, ni ruido de grúas, ni los rumores confusos de la actividad porteña. La navegación interior del puerto de París, intensa y todo como es, excluye las aglomeraciones de barcos, el ajetreo vertiginoso de las cargas y descargas y el abigarramiento de la marinería internacional.

Los puertos marítimos son algo así como los buques: la prolongación del territorio nacional sin ser completamente el territorio.

Miran hacia fuera, quizás más hacia fuera que hacia dentro, tienen una jerga con giros y expresiones de todas partes y un tipo humano despaisado que no sabe vivir más que a orillas del agua salada. El puerto fluvial no hace al exterior ninguna concesión. Es un barrio urbano influenciado por el espíritu de la ciudad y que apenas sabe distinguir un pabellón extranjero de otro.

Así son los puertos del Sena que van de un lado al otro de París y se extienden de Bonneuil a Coisy-le-Roy, en la parte alta, o se esconden en el canal de la Villette, en el de Saint Martin, en el del Ourcq, en el de Saint Denis, o sea una escala de muelles de cuarenta y dos kilómetros, contando los nueve lugares de enlace de vías férreas.

Por esos puertos silenciosos, invisibles para el ojo del que no esté al cabo del ir y venir de mercancías, llegan y salen quince millones de toneladas anualmente, seis más que por el babélico puerto de Marsella, el segundo de Francia.

Nadie lo nota, porque la mayor parte de

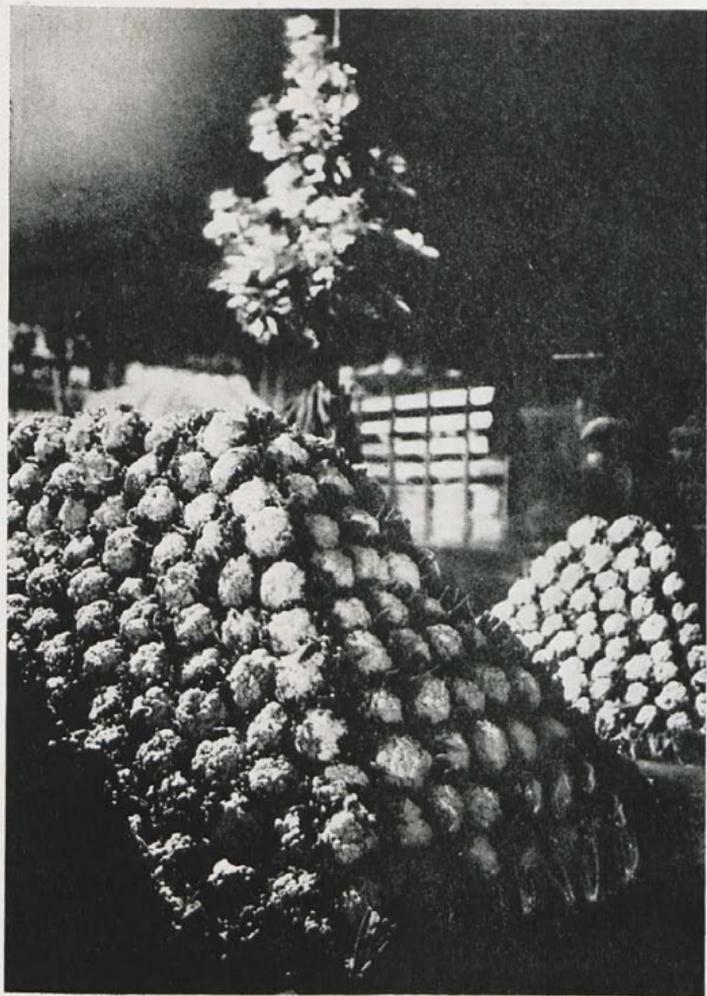
los cargamentos se pierden en los mercados y depósitos de París y porque el Sena, que el parisiense ve a todas horas por todas partes, es un bulevar semejante a los otros, con su población especial, sus *taxis* acuáticos—que son los *bateaux* veraniegos—y su civilidad urbana.

En estos días la crecida ha alterado un poco el ritmo de sus riberas. Un poco nada más. La corriente se fué hinchado y acelerando su marcha en forma gradual, sin las sorpresas ni las violencias de los ríos incivilizados. Con anticipación se anunció que las aguas subirían de nivel, se fijó el tiempo, se marcó la medida y se predijo el descenso para una fecha dada. París, que conoce la corrección de su río, no tomó más medidas que las de elemental prudencia. Y se inclinó al balcón de los puentes para contemplar la nueva fisonomía de su corriente.

Los pintores plantaron el caballete junto a los malecones que la bordean; las *peniches* subieron a tierra izadas por las grúas; los hidrólogos y meteorologistas observaron

los menores movimientos de la oscura culebra, y el gran público, curioso y contento, siguió el cambio de nivel pulgada a pulgada.

Después de esa crisis hidrópica, el Sena discreto, el Sena juicioso, comenzó a normalizar su cauce y a ser otra vez el puerto más activo y callado de Francia.



El Vientre de París (el mercado) recibe de noche las cosechas de la campiña francesa.

GOLONDRINAS DE PARIS

Con los primeros fríos de noviembre se han ido los últimos turistas cubanos.

Apenas los árboles del Luxemburgo y el Bosque comienzan a desnudarse, nuestros compatriotas toman la maleta y buscan el *paquebot* que lo devuelva al muelle de La Habana.

Es lástima que todos los años se marchen tan pronto, porque traen con ellos la rumbosidad, la alegría y el entusiasmo del trópico. Traen los brazos abiertos y la radiación simpática del rayo de sol.

Los hoteleros no los pierden de vista. “¡Cubains!” (Pagan bien). Los garzones conocen su esplendidez. “Les cubains son tres gentils.” En los espectáculos ocupan las primeras plazas. Se sabe que gastan,

que sonríen, que aman todas las elegancias y que siendo *metecos* porque vienen de fuera con la cartera llena, no son rastacueros, porque no pretenden atraer la atención con el ridículo y el escándalo.

París, que tiene una clasificación sutil —y crematística— para las cosas, sitúa al cubano entre el argentino que lo provee de tangos llorones y el yanqui que lo aplasta con el dólar. *Cubains*, dice, sin decidirse a más. Y es bastante. Es el O. K., *le droit de cité* para el vecino y amigo de los Estados Unidos, que lo nutren, lo visten, lo calzan e influyen en su mentalidad y en sus finanzas. El francés tiene el deber de no exteriorizarse mucho sino a condición de que se exterioricen en igual medida los francos del prójimo. Sus sentimientos responden a las combinaciones del *coffret*.

El cubano, amigo del lujo, ocupa un sitio decente entre la clientela de Mariana. Además, Heredia dejó los *Trofeos*, puros y rutilantes como medallas de oro. Aún se recuerda un poco a Albarrán. Y acaso White

no esté olvidado completamente. ¿Cuba? ;No se está seguro del detalle geográfico, pero se tiene la certeza de que es una isla bella y ardiente en que se bailan danzas voluptuosas y en que los habanos auténticos humean como incensarios en todas partes, día y noche.

La intervención platónica de Cuba en la Gran Guerra se ignora. Si en vez de producir azúcar para los aliados hubiera enviado cuarenta mil hombres al frente contra los alemanes como se pensaba, de su sacrificio no quedaría constancia más que en los anales de la Legión de Honor y en las ofrendas periódicas de los turistas cubanos al soldado desconocido.

Es lástima que los cubanos escapen con los primeros fríos llevándose el calor de su cordialidad y el brillo de su opulencia.

Los ángulos de moda del bulevar no los confunden; los ateliers, cafés y rincones adorables de Montparnasse los acogen con gusto. Y si no los despiden cuando se marchan ni los reciben en la puerta cuando arri-

ban, es porque no les alcanza el tiempo para hacerle los honores al ejército de muchachos que vienen anualmente de los más remotos países a revolucionar el Arte desde las mesas de *La Rotonde*, *Le Dome* y *La Coupole*.

Con la ausencia de los turistas cubanos enmudece el *son* de ciertos cabarets y se cierra la temporada de los banquetes.

Un "curro del Manglar", por muy descubanizado que esté, no deja de ser un tipo criollo de agradable recuerdo, sobre todo si nos saluda en compañía de un apache y un gitano adulterado.

Esa es la noción más completa que tienen de las costumbres de América. Pero los americanos tomamos represalias banqueténdonos en los restaurantes parisienses y formando tertulias en las terrazas de los cafés.

A lo mejor nos tropezamos con un señor redondo como un balón. Es un camarada que ha aumentado de peso desde la última vez que le vimos. Se ha dedicado a organizar banquetes en el verano y a servir de

“cicerone” por los *restoranes* famosos a los recién llegados.

—¿No conoce usted los templos de la culinaria francesa donde todavía oficia a conciencia el *cordón bleu*? El buen comer y el buen beber son tradiciones de Francia. Recuerde que Brillat-Savarin escribió aquí su *Fisiología del Gusto*. Recuerde que Montaigne calificó de ciencia la guía francesa. Recuerde que fué aquí también donde Vatel se atravesó el cuerpo con una espada por no haber llegado a tiempo el pescado que debía servir a Luis XIV —pescado que llegó por cierto en el momento preciso del suicidio—. Recuerde, en fin, que Francisco I y Enrique IV cuidaban tanto de su cocina como de sus Estados. Nombres célebres en las letras firmaron recetas de asados y pasteles. Rabelais dejó noventa y ocho dulces inventados por su apetito. Richelieu fué un consumado *gourmet*.

Tan calurosa y erudita alabanza a la cocina gala —*enorme y delicada*, según Verlaine—, lleva a cualquiera, sin remedio, a la

Tour d'Argent, especie de Santa Capilla del condimento y el vino añejo.

Hay también quienes toman venganza de América exagerando su parisianismo. París es bello; París es adorable —dicen— a pesar de la invasión de *metecos*, que todo lo echan a perder con su exotismo y su mal gusto. Ya no se corona a los poetas en los cafés literarios. ¡Lo que sería hallar una tarde de éstas a Musset bebiendo su ajeno en el *Café de la Regencia!* ¡O a Verlaine, andrajoso y borracho, dormido en una mesa! ¡O a Paul Fort coronado en la *Closerie de Lilás!*

Dan ganas de decirle a estos admiradores nostálgicos de un París que ya se ha ido para siempre y han visto a través de Rubén Darío y Gómez Carrillo:

—Es indudable que no se ven ahora poetas que exhiban sus harapos y su beodez por los cafés ni genios que mueran en los hospitales públicos. Pero esto no es un mal. La mitad del París que ustedes añoran no existe y la otra mitad no ha existido nunca.

París se moderniza y cambia como todo en el mundo. Cada día derriba un edificio viejo y una idea anacrónica, y de esto se felicitan los franceses. ¿Por qué, en vez de cuidarse de los hombres y las cosas de París, que clava los alfileres de su *esprit* en el advenedizo y el *meteco*, no le prestan atención a las cosas y los hombres de Quezaltenango (Guatemala) o de Yaguajay (Cuba)?

Entonces, ¿para qué residir en Luetecia? Desdeñar la América y lo americano *viste bien* y da cierta importancia. Una fotografía hecha en París y publicada en América es de eficacia decisiva. Por esto, cuando un compatriota niega su concurso a un banquete, se le hace cambiar de criterio con sólo mostrarle la cámara fotográfica y decirle:

—Habrá retrato.

Es un truco que no falla.

LA CARAVANA SIN CAMELLOS

Cuando Roland Dorgelés trajo de Oriente ese título pintoresco, se creyó que tras él no había más que un tema literario. Pero ahora una expedición científica organizada por el Instituto Internacional de Antropología va a demostrar que el asunto tiene gran importancia especulativa para el sistema colonial francés.

Dentro de pocos días la caravana sin camellos partirá de Marsella, llegará a Argel y atravesará el Africa del norte a sur, hasta el lago Tchat; después volverá hacia el norte de Túnez, con material para tres o cuatro pabellones de la exposición colonial que patrocina el viaje.

Al frente de los exploradores va el comandante Bernard Le Pontois, africanista

de autoridad, y lo acompañan meteorologistas, geógrafos, *filmadores* de películas, delegados del Instituto Pasteur, de Instrucción Pública, de la Escuela del Louvre, de la Cruz Roja y del Ministerio de la Guerra, periodistas y técnicos, cada cual con una inquietud y un instrumento de trabajo distintos. ¡Lo que se ha andado desde el tiempo de Livingstone y Stanley, *pioners* del africanismo británico, y del general Laperrine y el padre Foucold, muertos en servicio de la penetración francesa!

De entonces acá el europeo ha ido avanzando en la selva, abriendo caminos y extendiendo sus dominios, aunque sin preocuparse más que de extraerle al suelo conquistado sus inmensos tesoros vírgenes por los medios más rudimentarios. El marfil, las pieles y las maderas preciosas los transportaba a la costa el pobre negro, más perseguido por el hombre civilizado que la misma fiera. Esto empieza a cambiar, no por razones de humanidad, sino por razones eco-

nómicas. Al fin, la máquina libertará al esclavo.

Aquel congo que afirmaba que el mejor *invento* del hombre era el buey, porque de no haber existido éste él hubiera tenido que tirar de la carreta, hoy tendría motivos para regocijarse por los progresos de la mecánica. El camión será el verdadero civilizador del Africa. Hasta el Sahara misterioso será vencido esta vez. Sus diez millones de kilómetros cuadrados inútiles en el presente, quedarán bajo el control de la civilización y ni los terribles simunes, ni las fieras, ni las bandas de beduinos impedirán en lo adelante la marcha regular y rápida de las caravanas de camiones que irán desde la costa mediterránea hasta Tombuctú.

Los topógrafos clavetearán de puntos de escala el inmenso arenal inseguro y darán orientaciones precisas en esa pista móvil; los higienistas indicarán las medidas que convenga adoptar en las distintas zonas del recorrido para librarse de la fiebre; los me-

teorólogos establecerán un cuadro de las condiciones climatéricas, magnéticas y eléctricas para que automovilistas y aviadores puedan aventurarse sin riesgos a través de la más inhospitalaria región de la tierra; los etnólogos darán informes exactos sobre la psicología de las tribus, con el fin de ganar su confianza y su amistad en vez de inspirarles sentimientos hostiles; los economistas y los ingenieros suministrarán datos concretos sobre la producción posible de ciertas fajas del desierto, y los técnicos del automovilismo aconsejarán las modificaciones que sea conveniente introducir en los vehículos que se utilicen.

Por primera vez los camiones van a hacer la etapa In-Salah-Niger sin necesidad de renovar la provisión de gasolina y de agua escalonando caravanas en el camino. Y si los progresos no fallan, desaparecerán los peligros de incendios por combustión espontánea y las evaporaciones violentas; y las blancas osamentas humanas amontonadas en la arena no evocarán la tragedia

del espejismo, la sed abrasadora y el viento de fuego. Y podrán descansar los lentos camellos que durante siglos han sido el único medio de transporte sahariano.

Esta expedición de sabios traerá del Africa tropical una documentación valiosísima sobre lugares casi inexplorados, como el Tanezrouft, llamado el Desierto de la Sed, horno infernal llano hasta la monotonía, sin vida, alucinante, que las caravanas atraviesan con terror; como los pantanos y lagunas del valle del Níger, de fauna y flora desconocidas, y como los macizos montañosos del Hoggar, llenos de grutas y tumbas, y del mítico recuerdo de Antinea, popularizada por *La Atlántida* de Pierre Benoit.

Nada escapará a su investigación. Ni los microbios, ni los dioses implacables de las tribus, ni el matriarcado de los *tuaregs* ni las huellas aisladas de la prehistoria. En una palabra, la expedición de Le Pontois va a *descubrir* el Africa.

Dentro de tres meses sus colecciones zoológicas, fetiches y hallazgos pintorescos

ocuparán su sitio en la exposición colonial, y un *film* sonoro revelará al mundo las costumbres medioevales de los *tuaregs*, sus torneos, sus bodas, y toda la emoción salvaje de una cacería de fieras en plena selva.

¿Y luego? Luego vendrán las empresas regulares de transportes y las compañías de turismo con los *autocars*, los *ciceroni* de megáfono y el paquete de *tickets* para todas las fondas y *cabarets* de los oasis del Sahara con cocktails caros y danzas del vientre... importadas de Marsella.

PETRE BELLU

En los círculos literarios franceses ha despertado vivo interés el caso de Petre Bellu.

Es otro caso Istrati. Otro Panait Istrati, también rumano. Se recordará cómo, en el invierno de 1921, Romain Rolland recibió una carta del hospital de Niza, encontrada sobre un vagabundo desesperado que se había dado un tajo en la garganta. Quedaba poca esperanza de salvarlo. La cosa había sido en serio. Era natural. Lo contaba la carta, en la que el autor de *Juan Cristóbal* descubría a un nuevo Gorki.

Istrati había nacido en Braila, por el 84, hijo de un contrabandista griego y de una campesina rumana. A los doce años, aun-

que quería a ésta entrañablemente, escapó de la casa, incapaz de soportar la miseria, y se echó a rodar por los caminos, lo mismo que Gorki, y como Gorki, se ganó la vida practicando distintas profesiones, todas humildes. Veinte años de vagabundeos, sin dinero, perseguido a veces por los guardias, preso otras, enfermo, poseso de pasiones enfermizas. Fué mozo de posada, pastelero, carpintero, albañil, criado, hombre-sandwich, pintor de vallas y paredes, periodista, fotógrafo. Lo que se presentó y donde pudo, del Líbano a Grecia, de Jaffa a Alejandría (*Pescadores de esponjas*). Marinero enrolado en cualquier barco, de buen pabellón o pirata, lo mismo daba. Luego, los meandros del Danubio. Después, París, las nieblas con hambre, la llovizna pertinaz con frío y sin un céntimo. Entonces, la idea trágica. Y la confianza epistolar a Romain Rolland.

—¿Por qué no escribe y publica usted esos cuentos alucinantes?—le aconsejó. Y

Painait Istrati fué una revelación literaria. Murió no hace mucho.

El personaje es ahora Petru Bellu. Nadie lo conocía hasta hace poco. Hoy está traducido a varios idiomas. Una mañana un periódico publicó un folletín policíaco en que aparecían los bajos fondos de Bucarest. El estilo era fuerte, cruel, sangrante, como el de los cuentistas rusos. El gran público devoró la novela. ¿Quién era el autor? Los directores del periódico dijeron que habían recibido por correo los originales y rogaban al interesado que se presentara en la redacción. La nueva estrella era un pobre muchacho que se ganaba la vida aquí y allá, como podía, o no se la ganaba de ningún modo. En seguida, los contratos ventajosos, las alternativas de la suerte. Publicó *La palabra se defiende*. Un éxito de librería. Y después otra obra. El bienestar, la fama.

Del folletín al teatro. De los 100,000 ejemplares a las doscientas representacio-

nes. Un succès sin precedentes en Rumanía. De Bucarest a las provincias, a los países vecinos. El dinero, lejos de apoltronarlo, le daba aliento para nuevas empresas. *El Tiempo*, periódico de gran circulación, lo llevó a su cuadro de colaboradores. Tuvo el mismo éxito que en la novela. Sus artículos eran la atracción de las ediciones. La mala vida era hurgada, revuelta, pintada, destripada, “descubierta” con pluma gorkiana.

Y un día la firma desapareció del periódico sin explicación. Y pasó una semana. Y pasaron dos. El público se intrigó. Esto fué en octubre de este año. Las opiniones eran contradictorias. Unos atribuían el silencio a la censura, otros a una enfermedad, otros a un viaje inesperado, a uno de esos reportajes de gran estilo peculiares de la prensa europea.

Al fin, un parte de policía revela toda la verdad.

Una verdad vulgar, dolorosa. Petre Bellu estaba en la cárcel, por carterista.

¿Cómo? ¿Carterista el pintor de los barrios bajos, de la mala vida, el patólogo del hampa rumana? Habían ocurrido así las cosas: ya en la cúspide, encontró en una calle de Bucarest a un oficial de guarnición en provincia, con el que había trabado amistad durante la representación de su obra en los teatros del interior. Para celebrar el encuentro comieron juntos y se fueron luego al baile de un cabaret. Ya en la madrugada, después de varias botellas de champaña, el oficial recobraba la lucidez y notaba que le habían llevado la cartera con 56,000 leis (medida rumana). Se va a la policía. Acusa a su amigo, que todavía ebrio, se defiende pésimamente. No recordaba nada, según decía, por hallarse completamente alcoholizado. Pero practican un registro en su casa y encuentran parte de los billetes.

Petre Bellu está preso y a fin de año será

juzgado y probablemente condenado. Esta es la historia que apasiona a Rumanía y a buena parte de la prensa europea. ¿Qué fenómeno se ha producido en el novelista, que no necesitaba ni dinero ni publicidad, para rodar a los bajos fondos de la delincuencia tan admirablemente descritos por él? ¿Sería un caso de autosugestión, de doble personalidad?

El Tiempo, desolado, da una explicación al público: “Después de haber pintado magistralmente a los rateros, a los carteristas, ha dejado la pluma para meterse entre ellos. Petre Bellu, el escritor de talento, se ha convertido él mismo en personaje de literatura para otros escritores. Para estudiar su alma hace falta descender demasiado bajo. Si Dostoievski viviera, sólo él podría mostrarnos la profundidad de la vida de Petre Bellu, amigo de las letras y de los hampones”.

En los medios literarios rumanos corre la tinta y el comentario revolotea sobre el

“caso Bellu”, vencido momentáneamente por el crimen. Pero se le disculpa y hasta se esperan de él nuevas producciones engendradas en la humillación y el dolor del encierro, como las que siguieron al encarcelamiento y descalificación de Oscar Wilde. En el choque con los muros de la cárcel, el genio—dicen—dará nueva chispa, la chispa inmortal que brilla siempre sobre la carne miserable del hombre.

CAFE DE LA REGENCIA

Hubiera querido dar un salto a España. La tierra española tiene para mí —y para cualquier viajero— una atracción irresistible. No es por la relación íntima con sus hijos, los lazos de familia, tan fuertes entre los americanos de México abajo y la antigua metrópoli. Es por otras vinculaciones sentimentales, y más que eso, por el temperamento, que poco más o menos, es el mismo.

Pero junto a los pueblos limados por hábitos distintos, como el francés y el inglés, España es un país *natural*, intacto, con una exuberancia desbordante en hombres y cosas. Toda Francia es algo de estilo, algo Luis XV, hasta el paisaje, discreto, racionalizado, en que se ve la mano del hombre; canales, bosques replantados y ordenados,

sembradíos y pastos simétricos, montes de poca altura —como si fuesen hechos a la medida—. Apenas se pasan los Pirineos, la naturaleza y los hombres cambian. Todo es fuerte, vigoroso, espontáneo, sano, rudo a veces, genuino, sin mixtificaciones ni domesticación. Y ese contraste sorprende y agrada, como quien deja un día las reglas urbanas, el cuello cerrado por la corbata, el método cotidiano, y se va de vacaciones al campo, entregándose a una libertad total de movimiento. Y además, lo que se repite con frecuencia: la multiplicidad de Españas. Difícilmente se encuentra un país más rico en tipos, costumbres, hablas, psicologías, de matices más variados dentro de la paleta de su unidad nacional. Es que ni siquiera hay una nacionalidad, sino *nacionalidades*, como las veía Pi y Margall.

Hay Cataluña y Andalucía, el Levante y Galicia, las Vascongadas y Asturias y ambas Castillas, base de la integración política por haberlo sido del idioma y del genio de la raza. Y cada una de esas regiones tiene

una historia, una ciudad ilustre, una característica distinta a las de las otras que obligan a conocerla y distinguirla, lo que no ocurre en Francia, donde París lo es todo, o en los Estados Unidos, en que Nueva York es lo standard. Sólo Italia ofrece un conjunto igual de panoramas y de tipos.

Y sobre todo eso, el corazón español, la cordialidad española, la mano abierta y hasta la anarquía españolas, el individualismo español que hace de cada hombre un señor en la plenitud de su señorío. Se siente uno siempre en España como en su casa. *El gesto español*, de que hablaba John Dos Passos. El gesto hidalgo que convierte al mendigo en príncipe desdeñoso. El gesto del torero que prepara inconscientemente la actitud épica del español en la guerra civil, para el cual la muerte es un culto. *Morir* es una palabra española.

Los españoles germanizados y afrancesados han pedido durante veinte o treinta años la *europización* de España. ¿Para

qué?. Equivalía a pedir su desespañolización. Una España germanizada o afrancesada no sería nunca España. Y esa es la tragedia: de una guerra feroz en que se baten de una parte rusos y franceses contra alemanes, italianos y moros sobre el suelo español y con la hemorragia de los españoles, ¿qué va a salir? ¿Quedará algo de las peculiaridades del español verdadero?

La guerra civil se desarrolla, por suerte, en tres o cuatro lugares: en Madrid, en el Sur, en el Noroeste; pero toda España toma parte espiritual en la lucha. Unos están a la derecha y otros a la izquierda. Unos son fascistas, los otros comunistas. Y ni el comunismo ni el fascismo son compatibles con el carácter individualista del español. Uno y otro serán la transición. ¿Hacia qué? Nadie lo sabe.

Mientras tanto, todo el que puede, emigra.

En esto no hay diferencia. Emigran derechistas, pero emigran también izquierdistas. Las ciudades fronterizas, como Hendaia, Biarritz, San Juan de Luz, Bayona, son

campamentos de emigrados de los dos bandos, y de buenas gentes que no lo son de ninguno, arrancadas de la placidez o humildad de su vida.

En París hay dos focos de españolismo. El *Café de la Regence*, no lejos de la Comedia Francesa y, *Chez Borrás*, restorán de Montmartre, fundado por el mallorquín José Borrás y adquirido después por Mir, padre de tres beldades españolísimas que hablan en francés, en mallorquín y en castellano, tan musicalmente, que llenan de clientes las dos pequeñas salas de la casa. El menú, español. El servicio, a la española. El ambiente, español. Y allí se encuentran americanos de todas las patrias y españoles de todas las regiones y tendencias, junto a la paella o al cocido clásico.

En *Borrás* la atmósfera es más sosegada, más familiar. Cada cual ocupa su mesa, escoge sus platos, observa a los otros, charla en voz baja con su acompañante o con Mir, que se informa sobre los gustos y opiniones gastronómicas de su cliente, sin ir



más lejos, por si acaso. Las hijas suben y bajan, activas, con un clavel en el pelo y las luces de España en los ojos negros. La señora Mir, en la caja contadora, sonrío contenta de la buena marcha del negocio. Un hijo del fondista estudia en el liceo. Todo va bien allí. Para colmo, lo que es desgracia española, es también prosperidad en el restorán español de Montmartre. En un ángulo devora platos y platos una familia entera fugitiva de Barcelona. Hasta el abuelo, mudo y pensativo, está en la mesa. La señora catalana, con brillantes de seis quilates en el lóbulo, charlotea sin cesar dando alientos a los demás. El padre, con la roseta de la Legión de Honor en la solapa, pregona su importancia. Pero las siete personas son emigrados, aunque ricos, desarraigados de su medio natural, Dios sabe por qué tiempo. Porque hay una especie de profesión de exilado que consiste en esperar cambios *de un momento a otro*, que se demoran o no llegan nunca.

En otras mesas se ven hombretones tími-

dos, cabizbajos, y con un apetito formidable. Son emigrados también, pero sin una peseta. No saben cómo llegarán al verano, se ahogan en la inmensidad indiferente de París. Y van a *Borrás* porque allí encuentran un español que conserva la tradición hospitalaria de su tierra. “¿Qué me importa que sean esto o lo otro? Son hijos de Dios. ¡Que coman! Ya me pagarán”...

Por los grandes bulevares se oye con frecuencia una frase cortada, en español. Aquel señor de barba que pasa es... Santiago Alba. Aquel otro que entra en una librería es don Niceto Alcalá Zamora. El que toma un taxi con un maletín de mano es Pío Baroja, que llega de Biarritz.

A la mayoría se les encontrará en el *Café de la Regence*, a eso de las cinco. Se agrupan por razón de afinidad. Pero nadie comenta libremente las *cosas de España*. Se ha perdido la confianza. Locuaces como son los españoles, se han vuelto mudos. La indiscreción de ayer es hoy cautela. ¿A qué se debe esta metamorfosis del carácter co-

municativo del español? A las delaciones. Quien más quien menos tiene parientes e intereses en la península. El espionaje tiene el oído atento. Los derechistas no están muy seguros de que sus colegas lo sean de verdad y los izquierdistas piensan que los suyos los traicionan. La menor imprudencia da lugar a denuncias y éstas sirven para encarcelar y fusilar a los contrarios o a los miembros de su familia que no han podido abandonar a España.

A ratos todas las previsiones son inútiles y se lleva la noticia de que alguien fué ejecutado, o de que Borrás, el gran actor, trabaja por trece pesetas en Barcelona, o que Jacinto Benavente gana lo mismo como autor, o sea el jornal mínimo de un obrero sindicalizado. Zamacois el novelista, ¿está de oficial de las milicias en Madrid? O bien, tal pintor húngaro, tal escritor francés, se baten en España.

¿De veras? ¿Es posible?... Se abre un ancho silencio. Las exaltaciones no están permitidas por la policía. Todo el mundo se

pone triste. ¿Hasta cuándo? ¿Esto no acabará jamás? Y luego, a coro, derechistas e izquierdistas exclaman: ¡Pobre España!

La Regence es entonces una capilla expiatoria con *café creme* en que los emigrados españoles van a verse la cara, sin odio en realidad, para cambiar entre sí confidencias y noticias misteriosas, generalmente malas y frecuentemente falsas.



Trenes de hortalizas vuelcan de madrugada su carga en los mercados.

PARIS SIN SONRISA

Cuando se dice París es como si se dijera alegría, frivolidad, sonrisa, ingravidez de todas las cosas. París significa sentido helénico de la vida, sutileza de las ideas, el lado amable de las cuestiones humanas. Y desde tiempos inmemoriales, desde siempre, bastó nombrár a Lutecia, en cuyo escudo figura una nave que *flota pero no se sumerge*, para sentirse optimista. Y aunque fué ciudad de trabajo, honesta, burguesa en el fondo, se le vió como un poco loca, entregada a la bohemia, al amor, al culto de la belleza en todas sus formas. Y de los cuatro puntos cardinales llegaban caravanas de parisianófilos atraídos por el gran espíritu de la capital francesa.

París, centro del mundo —se decía sin protesta de nadie. *Fuera de París, todo es paisaje. Bien vale París una misa*— exclamó Enrique IV para disculpar su abjuración. Y la Mistinguet: *París, reina del mundo...*” Y como carta de ciudadanía universal, esta frase hecha: *Todo hombre tiene dos patrias: la suya y París.*

Allí encallaban todas las curiosidades, todas las inquietudes, todas las ansias altas y terrestres. París repartía el sol a domicilio. Los príncipes y grandes duques rusos quemaban fortunas en la vía de Montmartre. Aun en 1930, Warnod lo ve así: “Después de haber sido el paraíso de los artistas, fué el de los cancioneros, de los cabarets y de las muchachas, y hoy es el de los rincones con champaña”. Todavía la Rue Pigalle resplandece por la luminaria de sus dancings y sus *boites de nuit*. A los rusos, con sus botas de la estepa, sus balalaikas y sus abrigos de pieles sucedieron los yanquis con sus jazz, sus cocktails, sus carteras repletas de dóla-

res y los brasileños y los argentinos, con sus tangos melancólicos, sus guitarras y sus acordeones. Plaza Blanca, bulevar de Clichy, la cuesta del Sagrado Corazón! Y luego, en un desplazamiento hacia la otra orilla del Sena, Monparnasse con sus ateliers, sus modelos, sus bailes, su Rotonde, su Dome, su Coupole, su Jockey, su Joungle, su Maldoror surrealista, su Cigogne, el bar Falstaff, los bailadores negros de la Boule Blanche y los platos rusos de Dominique, y el College Inn con su botellería colorinesca y sus alcoholes capitosos.

Y también el bulevar Saint Michel, el Barrio Latino con su estudiantado internacional. Melenas, casquetes, boinas, humaredas de cigarrillos, parejas más allá del bien y del mal.

O los grandes bulevares con su lujo deslumbrante, sus magazines atiborrados de sedas y joyas, su luminaria, sus escaparates inigualables. Y la Rue de la Paix con sus

diademas de brillantes, sus modistas, sus firmas ruinosas, sus perfumes.

Cosmopolitismo, paleta maravillosa de elegancias, caprichos, gustos, tipos. ¡Cosmopolis!

Pero el mundo se ha ido complicando, las fronteras se han erizado de reservas mentales, los cañones interrumpen la circulación de pueblo a pueblo, naciones y clases se acechan para adelantar el golpe, se duerme con un ojo abierto. Y esta tensión continua, creciente, ha enfermado del hígado a la humanidad, incluso a la humanidad que discurría despreocupada por los bulevares o se concretaba a vivir en los alrededores de la Sorbona.

Un día un diplomático y escritor mexicano se despide de sus amigos en un banquete. Iba a ocupar un cargo importantísimo en su país. Estaba, sin embargo, triste. Y explicó: “Existe una enfermedad singular que se llama parisianitis. Yo la sufro en este momento de la partida”.

Todavía hasta ayer la *Mistin* conservaba entre sus plumas un poco de la magnífica alegría de París. Y Josefina Baker, injertada en el music-hall, enseñaba sus dientes blancos. Y monsieur Dumargue resolvía las crisis ministeriales sonriendo.

Pero este París de fin de año que yo me encuentro es un París de angustia, preocupado, aplastado por temores que nadie se atreve a echar fuera sino en forma de silencio y de abstención. Es un París sin extranjeros, sin estudiantes metecos, sin sudamericanos y sin yanquis, sin caravanas de ingleses y sin escandinavos, sin anamitas y sin reyezuelos de la India con séquitos de servidores trajeados pintorescamente a la oriental. Un París sin bohemia montparnasiana, con los cabarets vacíos, los teatros semidesiertos. Un París sin sonrisa.

La Torre Eiffel se retoca. Las obras de la exposición crecen con lentitud entre las vallas del Trocadero a los Inválidos. Rubens y su tiempo ocupan los testeros de la Oran-

gerie. En la Plaza de la Concordia unas fuentes de cristal con luz indirecta ponen una nota nueva y delicada. El Museo Carnavalet se ha remozado: millones de francos invertidos. El Louvre tiene nuevas salas costosísimas. La Victoria de Samotracia y la Venus de Milo están mejor emplazadas. Pero... sobre estas edificaciones y retoques flota una pesada niebla de pesimismo. Nadie sonríe. Y es natural: se construyen refugios subterráneos, se cambia el color del alumbrado; huelgas diarias; grupos de policías con armas largas para evitar disturbios en las calles cada vez que se celebra un mitin. Y los alemanes. Y los italianos. Y el incendio de España. Y el desequilibrio entre la devalorización que representa un treinta y el aumento del costo de la vida, que representa un sesenta por ciento.

¡Noel, Noel! El grito de Navidad y de Pascuas en los anuncios. Los restoranes, cafés y tiendas se engalanan, aunque con más desaliento que nunca. Los grandes ma-

gazines, que siempre fueron un espectáculo feérico, con sus escaparates repletos de juguetes, este año no se iluminaron. Cenas de rigor con un poco de ruido convencional y Año Nuevo y sus uvas y sus votos de prosperidad. Pero... con un rictus, sin locura, con precaución casi. Y los comerciantes, detrás de la caja contadora, con una seria arruga en el entrecejo. Y en un restorán, este cartel: "Para asegurar la eficacia del descanso semanal de los empleados, esta casa no abrirá sus puertas el jueves".

Nadie se queja en alta voz, nadie protesta a gritos, nadie se entrega a arrebatos pesimistas. Pero todo el mundo está preocupado. Parece que la consigna es sufrir en silencio para no desencadenar la crisis moral latente. Francia soporta, como en la guerra, el mal momento. Claro que lo rebasará, que conservará su papel preponderante en el mundo, que encontrará tarde o temprano su equilibrio. Mas, por ahora, como la encuentro, no es ella. ¿Temor a la guerra

inmediata? No. La guerra no parece inmediata. Es la cuestión social. Es, a mi juicio, todavía un poco difícil arrastrar a los pueblos, sobre todo al francés y al inglés, a una aventura militar; en cambio, nadie considera imposible que la tensión económica se convierta, a lo mejor, en franca lucha de clases. Y toda lucha de clases excluye la sonrisa, que es la flor de la concordia y del bienestar.

COCKTAIL DE PARIS

En el 31 del bulevar del Temple han comido los defensores de la antigua canción francesa. Casi todos los abogados de ese resurgimiento pertenecen a la generación invernal de la guerra boer. El esfuerzo es conmovedor, pero inútil.

*Juventud, divino tesoro,
ya se fué para no volver!
Cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer!*

Creo que fué así como cantó Darío a su medio siglo en la elegía del retorno imposible. Y Lozano Casado:

*Corazón, ya somos viejos,
ya va quedando tan lejos*

*nuestra juventud de ayer...
 Corazón, olvida y reza
 por la vida que ahora empieza
 y por la que no ha de volver.*

El río de los años no remonta su cauce y ante la realidad de la decadencia todo maquillaje es pueril. ¿Y qué es en el fondo la cruzada de la veterana Ivette Guilbert más que un ensayo de regreso al 900, es decir, más que una visita al *instituto de belleza* de la música popular? Hasta el nombre que pretende volver a la vida huele a vejez: *La boîte aux gants noirs*. En otro tiempo, en otro siglo, el siglo de la Guilbert, de la Otero, de la Cleo de Merode, de la Polaire, de la Mistinguett, de las estrellas de *music-hall* emplumadas y cancanearas, la *caja de guantes negros* estaba muy a tono con el gusto del público francés, adicto al cuplé cargadito de pimienta y al subrayado picaresco; pero hoy está fuera de época y no hay que acusar de extranjerizada a la gente



Magazines de "Au Louvre" iluminados en Navidad.

nueva porque no puede ajustar el paso al de las ancianas canzonetistas jubiladas.

La señora Guilbert, ya fuera de edad y fuera de línea para los jaques del tablado, se lamenta de que la canción francesa sea expulsada de su propia patria por la invasión extranjera: el refrán de Piccadilly, el *coon-song* de las plantaciones, las anomatopéyas de Josefina Baker y los seudocuplés sazonados en Hollywood. Este es el lenguaje de la cruzada antimeteca.

El mal es grave, grave sobre todo para las estrellas eclipsadas. Nadie baila ya el *can-can*. Los *dancings*, los *music-halls*, los teatros populares, los *cines*, las casas impresoras de discos, las familias mismas, no aceptan más que el *fox*, el *blue*, el género de importación yanqui y sus calsos de fabricación europea. Los esfuerzos que se han hecho para resucitar el vals han resultado infructuosos; cuando más, se ha dejado un hueco al tango argentino, nostálgico, llorón, con un poco de la melancolía del arrabal de todas partes.

Cada generación tiene su ritmo, su mentalidad, su visión particular de las cosas, y es absurdo exigirle al francés de la post-guerra que piense y proceda como el de la promoción de la señora Guilbert.

“Lo primero para ponerse de acuerdo—ha dicho la robusta dama—es comer.” Y ha organizado una serie de comidas rotarias que si no lograrán resucitar la vieja canción francesa, resucitarán al menos la gastronomía, que es una de las instituciones más gloriosas de Francia.

El primer banquete-cantante fué presidido por Ivette Guilbert y el hidrófilo Julio Levy—hidrófilo en el país del buen vino, otra incongruencia valetudinaria. El segundo lo ha presidido Damia, la otoñal inspiradora de Van Dongen. El tema de la charla no podía ser más elocuente: “La antigua canción francesa está en peligro?” La opinión casi unánime fué que quienes estaban realmente en peligro eran las cultivadoras de la antigua canción francesa, no por francesa, sino por antigua.

Todo esto no es más que una forma de *chauvinismo*... Hace unos meses se reunieron los médicos de París para protestar contra las empresas de espectáculos que empleaban orquestas extranjeras. Los *cabarets*, *music-halls* y restaurantes de lujo contestaron que estaban dispuestos a complacer a los músicos parisienses, pero a condición de reducir los sueldos, disminuir el personal y obtener una rebaja en los impuestos, porque el público prefería las danzas y las canciones extranjeras y gracias a esa preferencia era posible atraer al turista y hacerle pagar a triple precio los vinos franceses, amén de los enormes impuestos de consumo.

¿Quién tiene la culpa de todo esto? Andrés Lichtenberger cree que la única culpable ha sido la guerra y cuenta el caso de una señora que se dolía de la acogida hostil que encuentra hoy el extranjero en Francia.

—Cada año—decíale la señora, egipcia por más señas—yo vengo a París como a una segunda patria. Debo confesarle que

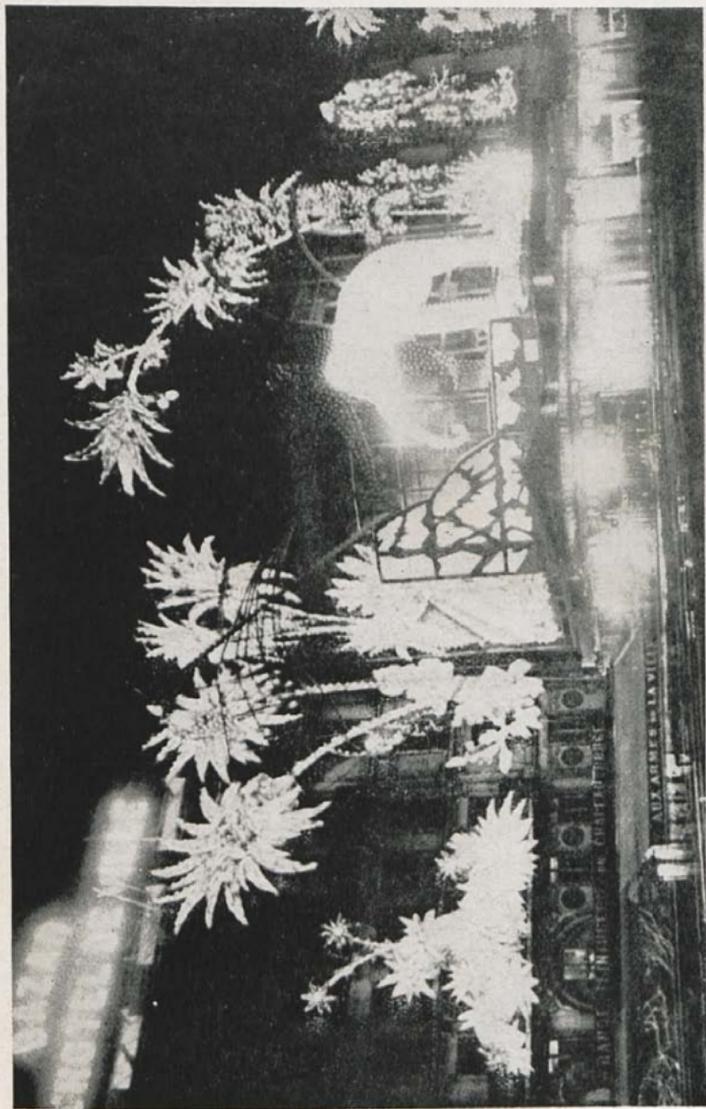
cada vez recibo nuevas decepciones. Apenas escapo de las garras del aduanero, tropiezo con una desconfianza que en nada se parece a la cordialidad que desearía hallar. Después sale al paso el hotelero que me explota, el viandante que me estruja y me gruñe, el periodista que me vapulea y el gendarme que me denigra. Yo esperaba ser recibida como amiga y se me recibe como importuna, como sospechosa, como enemiga.

El extranjero tiene razón; pero el francés no deja también de tenerla a juicio de Lichtenberger.

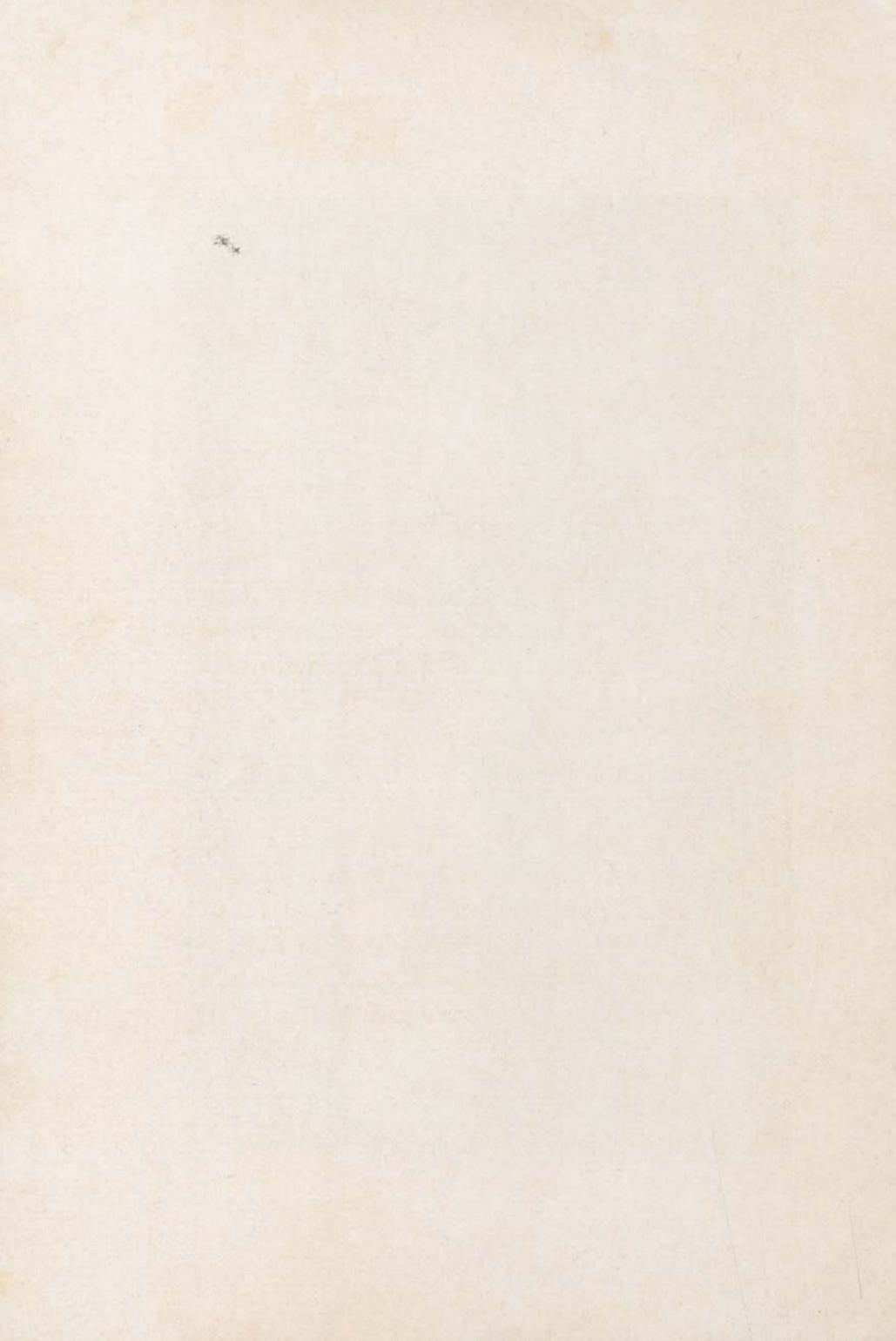
—Un país que alberga a tres millones de extranjeros, muchos de ellos naturalizados; que recibe cada año a cientos de miles de turistas; en que los personajes más representativos son el pintor japonés Fujita, el poeta hindú Rabindranath Tagore y la vedette Josefina Baker, y que ha elevado al pináculo al historiador alemán Emil Ludwig, no puede ser tachado de inhospitalario. Pero, ¿cómo un pueblo tan castigado por la

guerra como el francés no ha de resentirse de cierta desconfianza más fuerte que su voluntad?

Todo esto es discutible. Lo que no admite discusión es la conquista de Europa por América, singularmente por la América que no reza a Jesucristo ni habla en español. Y ante esa avalancha de energía juvenil, de oro, de simplicidad y de practicismo, es conmovedor, pero inútil que se reúnan unas cuantas bellezas del pasado siglo y unos cuantos gastrónomos alrededor de una mesa para preparar la vuelta de la canción francesa al cartel.



Bazar de "L'Hotel de Ville" en noche de Noel.



LUCES AMARILLAS

Después de la sensación de un París vacío —porque ha perdido momentáneamente su cosmopolitismo: sin yanquis, sin ingleses, sin escandinavos, sin suramericanos; treinta mil familias argentinas de regreso a su tierra por las restricciones monetarias—, después de la sorpresa de un París sin alegría, la nota que impresiona al recién llegado es la del alumbrado público.

Todas las luces son amarillas, un poco anaranjadas.

La Plaza de la Concordia amarilla. La Plaza de la Opera amarilla. Y por las orillas del Sena, por los bordes de las calzadas que van a los suburbios, ribeteando las carreteras, guirnaldas amarillas. Desde las alturas del Sacre Coeur el panorama lumi-

noso fija definitivamente la sensación de amarillez de la noche parisiense. París con ictericia. París gualda, que no es un matiz francés, ni monárquico ni republicano, como el blanco del armiño real, o el azul y el rojo del pabellón revolucionario. El mismo farol de los poemas de arrabal, pero amarillo. El mismo resplandor de la Magdalena, sólo que amarillo. Un campo de tulipas amarillas, los parques. Una línea de puntos amarillos, cualquiera de los bulevares de la Estrella. Y después de una hora, de dos horas, se tiene toda la pupila amarilla.

Y es entonces que uno se pregunta el por qué de la innovación, que no es una coquetería más de Lutecia, como la de una mujer que pone un topacio en el engarce de un diamante, sino un ensayo práctico en esta hora de materialismo histórico y de forcejeos sin romanticismo por la ración mínima de felicidad que los hombres se están disputando sobre la cáscara dura del hemisferio.

¿ Por qué ese cambio ? Las noches blancas de San Petersburgo, con troikas que resbalaban sobre las nieves acolchadas de las “perspectivas”, a lo largo del Neva ! Las noches feéricas de Nueva York con la lumbrarada de los rascacielos ! Las noches venecianas con las luces caídas sobre las aguas muertas de los canales ! Y ahora, las noches de París neurasténico, con el ojo amarillo abierto sobre las traiciones de un cielo cruzado por imaginarios aviones de bombardeo.

Dentro de la consigna de discreción —no preguntar nada, no contestar a nada que comprometa la seguridad francesa— el movimiento de semáforo, inconcebible en la Ville Lumiere —toda de claridad adamantina— se razona el amarillismo municipal diciendo que el color evita los accidentes de automóviles. La imprudencia del que conduce un automóvil con los faros en plena luminosidad suele ser el origen de todos los accidentes nocturnos en las carreteras y bulevares. Para salvar vidas, cambio de luces. Pero esta explicación en un país de

disciplina, de educación vial, donde nadie discute el derecho a la prioridad al que lo tenga ni ciega al que viene en dirección opuesta como ocurre frecuentemente en nuestras tierras semibárbaras, donde el que tiene el vehículo más grande o la franquicia más expeditiva es el que más molesta y atropella, no es satisfactoria. Difícilmente en Francia alguien envuelve en el chorro cegador de los reflectores al que circula por su misma ruta; difícilmente la autoridad concede un privilegio de libre tránsito sin precauciones; difícilmente el taxi se echa sobre el viandante por gusto, el autobús sobre el taxi, el camión sobre el autobús. Las medidas son muy severas. Y, además, la solidaridad social, que es una forma del instinto de conservación en los climas desbarbarizados, impone esas normas de seguridad. Cuando nadie impusiera restricciones al vértigo de velocidad, las impondría la censura del hombre de la calle. El mejor guardián de la vida humana es el hábito de opinar en libertad sobre todas las cosas: un

inglés, un francés, para defenderse, no necesita más que el derecho, ya sea escrito o ya consuetudinario.

Por consiguiente, ¿a qué vienen esas luces amarillas de las plazas, de las calles y de todos los automóviles que ruedan por el asfalto de París? —porque toda actitud oficial exige en Francia una explicación al público e incluso una justificación. Pero, la verdad es que la luz amarilla no deslumbra; se distingue a distancia por su foco de contraste en la oscuridad, no por la potencia de la proyección. Esto permite circular sin peligro, como con amortiguadores ópticos, igual que quien se pone espejuelos oscuros para aminorar el efecto de la luz solar.

Pero, todo eso, es una explicación discreta a una medida militar, a una precaución de guerra. El enemigo anda ahora por las nubes. España ha enseñado bastante a los técnicos militares. Conejillo de experimentos bélicos, en su carne se han ensayado armas automáticas y procedimiento de ataque y defensa cuya eficacia no se había compro-

bado. A la vez, los técnicos anotan el resultado en su libro de comprobaciones. Pero las luces que Madrid enciende no son amarillas, sino azules, que son, según dicen, las que menos se distinguen desde el cielo.

Entonces, ¿por qué amarillas y no azules las luces de París? Los parisienses no se engañan. Los refugios subterráneos que se construyen a toda prisa, los vuelos de simulacro sobre la ciudad, el aprendizaje de la careta contra los gases y las luces amarillas forman parte de un sistema de precauciones ante futuros ataques aéreos. Pero para el viajero, esto, que es una necesidad, una medida de previsión, es simplemente un espectáculo más, como quien ve florecer en un jardín claveles amarillos donde antes se abrían tulipanes rojos.

EL ULTIMO TRANVIA

Otra nota más del París de 1937: la ausencia de tranvías. Al principio, el visitante se pregunta qué ha pasado en la calle parisiente. Se da cuenta de un cambio. Algo falta. Pero, ¿qué es? Menos tránsito, menos embotellaje, más velocidad en los taxis.

Los imponentes autobuses tienen vía libre, salvo cuando las señales luminosas automáticas colocadas en las esquinas, en el pavimento, marcan la parada. En seguida se comprende que el tranvía ha muerto. Ahora será, periódicamente, la reproducción simbólica del “último tranvía” en las fiestas populares como lo fué hasta hace po-

co la del “último fiacre”, el último “coche de punto”.

“Esto matará aquéello”. El tranvía era demasiado lento, tenía que circular sobre paralelas fijas, extender sus líneas significaba un desembolso considerable, y en resumidas cuentas, los ómnibus motorizados mermaban su contingente de viajeros. De un barrio extremo a otro se contaba el tiempo por horas; en los ómnibus, por minutos. Y ésto fué decisivo.

El tranvía se muere, sin remedio, asesinado por la urgencia. Se muere el ferrocarril. Entre el aeroplano y el bus acabarán con la locomotora, tarde o temprano, por mucho que se le impriman velocidades vertiginosas. Y además,—en lo que se refiere al tranvía,—cualquier interrupción en la planta eléctrica o en una de sus líneas detiene el tránsito durante algún tiempo embotellando la circulación y trastornando el horario del pasajero.

París ha resuelto suprimir el tranvía. Quedan en el asfalto incrustados, los rieles de acero. Nada más. Sobre ellos, libremente, corretean los autobuses y los taxis, incluso algún percherón que arrastra un carro de vinos entre burlas y admoniciones de los choferes impacientes.

El único tranvía necesario, veloz, insustituible por el instante, es el "metro", el subterráneo, justamente porque resuelve el problema de rapidez que creaba el de superficie. Un vuelo, unos minutos y se está a varios kilómetros de la Opera, sin demoras, sin accidentes. Unicamente en esa forma podían vivir en las afueras de París el millón de empleados y obreros que al amanecer dejaban sus casas para pasar el día entre el trabajo y el restorán a precio fijo.

La desaparición del tranvía no ha dado margen al lirismo. El "último fiacre", el último coche de alquiler, daba pie a recuerdos y evocaciones sobre un pasado que para todos fué "mejor". El tranvía es la serie,

un poco del ímpetu moderno, de la impersonalidad del maquinismo, y no deja sitio al romance ni a la remembranza. Si ahora lo suple otra máquina más impetuosa, tanto mejor para el viajero. Y es por esto que el “último tranvía” de París ha ido al depósito, al cementerio, sin que nadie le haya cantado una elegía.

F I N

ILUSTRACIONES

	<u>Páginas</u>
La Torre Eiffel iluminada.....	11
Notre-Dame iluminada.....	31
Dancing	47
Napoleón	69
Columna Vendome.....	83
Clemenceau sonríe.....	119
Plaza de la Concordia.....	145
Barcazas en el Sena.....	169
Las campiñas vuelcan sus frutos.....	175
El vientre de París.....	207
La Samaritaine en Noel.....	215
Bazar "L'Hotel de Ville" iluminado.....	223

INDICE

	<u>Páginas</u>
El imposible infierno.....	11
¿“Cine” Versus teatro?.....	17
Apoteosis de Antinea.....	25
Muchachas de uniforme.....	31
Duhamel y el cine.....	39
El “Dancing” como factor de evolución social.	47
El piadoso jurado.....	55
Pantalones y feminismo.....	65
Napoleone	69
Los Bonaparte.....	77
El dictador de 27 años.....	83
Las cuatro islas.....	91
Los aguiluchos.....	105
A la sombra del cedro.....	113
Clemenceau anecdótico.....	119
Lyautey el africano.....	131
París barricadista.....	145
Vuelo de águilas.....	155
Emperador en salmuera.....	161
El río razonable.....	169
Golondrinas en París.....	175
La caravana sin camellos.....	183
Petre Bellu.....	189
Café de la Regencia.....	197
París sin sonrisa.....	207
Cocktail de París.....	215
Luces amarillas.....	223
El último tranvía.....	229



Miles de hombres, ciudadanos en el bulvar, no cambiarían la euritmia bulvardera por las seguridades de bienestar material en el terruño distante.

El homenaje al sentido helénico—risueño y armonioso—de la típica arteria parisiense, bautizo con ese nombre intraducible estas crónicas, que, en definitiva, no son más que iluminaciones sobre el alma eternal de París.





UNIVERSITE PARIS 3



D

001 411192 4